

AÑO IX — BARCELONA 6 DE OCTUBRE DE 1890 — NÚM. 458

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXCMO. SR. D. FRANCISCO DE P. RIUS Y TAULET, primer marqués de Olérdola

Alcalde que fué de Barcelona, † el 26 de Septiembre. (Dibujo de J. M. Marqués)

EL ÁGUILA REAL

(AQUILA FULVA)

Si al león se le tiene por el rey de los mamíferos, al águila corresponde este atributo entre las aves. Ninguna de éstas se le disputa, todas reconocen su absoluto poder sobre ellas, y la temen como á su más poderoso, cruel y temible enemigo. Tampoco le niegan los hombres su majestad real, y las más poderosas naciones del mundo han puesto el emblema del águila en su escudo de armas. Bajo las águilas se batían ya las legiones del Imperio romano, y el águila constituye hoy día el blasón del Imperio alemán, del austriaco y del moscovita, como el de la República de los Estados Unidos de América. La efigie de la misma coronaba, así los victoriosos estandartes del primer Imperio francés, como las banderas vencidas del segundo.

El águila real ocupa el primer lugar entre todas las demás especies de la familia, pues aunque en tamaño la supera el águila de mar, ésta no puede compararse con ella en punto á noble aspecto y á fuerza.

El águila real habita toda la Europa; su plumaje es de color pardo obscuro; la cabeza, el cogote y la nuca están cubiertos de plumas de color dorado y la raíz de la cola forma una faja cenicienta. Su pico es fuerte y puntiagudo y sus garras largas y afiladas cual punzantes alfileres. Fuerza y valor, poder y conocimiento de éste aparecen reflejados, no sólo en su figura, sino también en la mirada de sus grandes, hermosos y relucientes ojos.

Mide nuestra ave de la punta de una ala á la otra unos dos metros treinta centímetros y un metro de largo desde el pico hasta el fin de la cola. A pesar de no ser la mayor de las águilas, es la más perfecta, la verdadera, y por eso le llama la gente *águila real*. Como todas las *águilas nobles*, lleva los pies calzados de pluma hasta los dedos, mientras otras de la misma familia, las águilas de mar, de peces y de culebras, que los naturalistas miramos como innobles, los tienen descalzos.

Al águila real se la encuentra en Europa, en el Norte de Asia y de América, en todos aquellos parajes donde hay grandes bosques; prefiere, sin embargo, las regiones montañosas á la llanura. Donde el hombre domina por completo el territorio, de allí desaparece el águila real; por eso se la ve rara vez en la Europa central, mientras abunda todavía en el Mediodía y en el Norte de nuestro continente. Donde una vez ha fijado su residencia, allí se la ve, lo mismo en el verano que en el invierno, porque el águila no emigra, y sólo traspasa los límites de su territorio en el caso de que éste no le dé el alimento necesario. En esto se distingue de todos sus semejantes menores, que todos los años emigran al Sur, algunos hasta el centro de Africa.

Todos los movimientos de esta majestuosa ave son rápidos y seguros. Su vuelo es más bien un cernerse en el aire; casi sin mover las alas traspasa rápidamente largas distancias. Andando ó saltando en el suelo, parece otra, y pierde toda la elegancia y gravedad que ostenta cuando está sentada, derecha como un hombre de pie, encima de un risco ó de la punta de un gigantesco árbol secular.

Indescriptible terror se apodera de todos los animales débiles al aparecer el águila real; su voz de reclamo, un chillante *jia, jia* ó *quija, quija* que de vez en cuando lanza al aire, es bastante para que mamíferos y aves emprendan espantados precipitada carrera ó rápido vuelo, á fin de esconderse y escapar de las temibles garras de su implacable y sanguinario enemigo. Pero á la vista perspicaz del águila real no se le oculta fácilmente la apetecible presa en que ya se había fijado.

Tranquila, y al parecer indiferente de lo que en la tierra pasa, describe el rey de las aves en lo alto del éter sus círculos, reconociendo, sin embargo, escrupulosamente el terreno y escudriñando peñas, arbustos, campos y lagunas. De repente encoge sus poderosas alas, y en dirección oblicua se precipita cual el rayo desde la altura á la tierra ó al agua del lago, y estiradas las patas y abiertas las garras, para clavarlas en la espalda de su elegida víctima, cae sobre ella.

Desde la temerosa corza hasta el roedor ratón, desde la recelosa avutarda, que con tanta maña sabe burlarse del hombre cazador, hasta la veloz paloma ó el acuático ánade, nadie está seguro de las garras del águila real; lo que ésta puede vencer y llevárselo, lo ataca sin temor y sin compasión. No perdona ni al niño pequeño que está jugando en el suelo al lado de sus padres en el campo, y bastantes ejemplos hay de haberse un águila llevado á una criatura para cebar con su carne á sus aguiluchos. El perro de caza ha sido cogido muchas veces por el rey de las aves, levantado al aire y llevado al nido, á pesar de los disparos del cazador sobre el atrevido ladrón. A la astuta zorra no le sirven sus mañas; el águila real le clava sus garras y se la lleva; alguna vez, sin embargo, el ave paga caro su atrevimiento, porque la zorra consigue cortar con sus dientes las arterias del cuello de su raptor y caer con él otra vez sobre la tierra, aunque herida por las afiladas garras de su enemigo.

Cervatos y corcitos, jabatos, corderos y cabritos, liebres y conejos, tejones y gatos son la presa ordinaria del águila real, aunque tampoco desprecia ni al topo ni al ratón campestre en cuanto éstos salen por un momento de sus habitaciones subterráneas. De las aves, caen en poder del terrible carnicero silvestre la grulla, la cigüeña, el ganso, el pato, la perdiz, la codorniz, el pavo y la gallina casera, la paloma torcaz y la doméstica.

Por lo dicho se comprende fácilmente el daño que un águila real hace en el territorio que ha elegido por sitio de su residencia, y doble ó triple se dejan sentir sus estragos en la época de la cría, cuando la pareja tiene que buscar alimento para sus hijos.

El águila real lo mismo coge la presa cuando ésta está sentada ó nadando, que cuando corre ó vuela. Unicamente refugiándose la víctima en una cueva ó en lo más espeso de un bosque ó sumergiéndose en el agua, puede salvarse de su implacable enemigo. Generalmente éste la ahoga entre sus poderosas garras, pero algunas veces, á pesar de sus quejidos y gritos, empieza á comérsela viva. Frecuente es ver al águila perseguir al noble halcón de caza, en cuanto éste ha cogido alguna pieza, y se la lleva en las garras para comérsela encima de su predilecto peñasco. El halcón perseguido suelta entonces con desprecio su presa y se la deja á su más poderoso perseguidor, que la coge en el aire antes de que llegue á tocar el suelo.

No desprecia el águila real la carne fresca de un animal muerto; he matado buen número de ellas cuando acudían á devorar la carne que había puesto de cebo para ellas y para los buitres. Antes de tocar á tal comida, se sentaba el águila encima de una peña cercana ó de otro punto más elevado, que la permitía reconocer con su perspicaz vista todo el terreno que á su alrededor se extendía. Allí quieta por espacio de media ó de una hora, observaba escrupulosamente todo lo que pasaba, y cuando se había asegurado de que no le amenazaba peligro ninguno, venía volando hasta un par de pasos de distancia del cebo, se sentaba en el suelo, escudriñaba otra vez durante algún rato el terreno, y luego se acercaba á la carne y empezaba á comer de ella, sin manifestar ansia alguna y siempre con mucho recelo, porque después de cada bocado que engullía volvía á tender su escrutadora mirada á su alrededor. El puesto en que yo me ocultaba estaba tan disimuladamente hecho, cubierto espesamente de ramaje y luego de matas de romero ó tomillos, que no podía distinguir, á pesar de su vista de águila, á su escondido cazador. Una vez sucedió que un águila real se sentó sobre el mismo tollo en que yo estaba oculto, y allí, á la corta distancia de medio metro encima de mi cabeza, se quedó quieta más de media hora.

El águila bebe con afán la sangre de sus víctimas, que puede decirse que constituye su bebida predilecta, porque pasan semanas sin que pruebe el agua.

En marzo hace el águila real su nido, aprovechando casi siempre el mismo de otros años, ó escogiendo un sitio nuevo para ella, si el año anterior le ha sucedido algún percance en su antigua casa. Generalmente anida en algún hueco de un inaccesible peñasco ó encima de la corona de uno de los más altos árboles. El nido lo construye con fuertes palos, sobre los cuales coloca ramas secas de menor tamaño, y encima de éstas otras más delgadas, raíces, pedazos de lana que ha recogido, pelo de animales de todas especies, y hasta trozos de cuerdas que ha encontrado en el campo. El nido, cuando ha servido ya algunos años y ha sido remendado cada primavera, llega á tener tal extensión que un hombre se puede echar en él y estar tendido sin que se le vean asomar ni la cabeza de un lado, ni del otro opuesto los pies.

Conocí en los alrededores del Escorial uno de estos nidos de águilas, y á pesar de haber matado la pareja de ellas que le habitaba y recogido sus dos hijos, al año siguiente estaba el nido ocupado por otro matrimonio; también maté á éste y cogí á sus aguiluchos, y sin embargo, otros dos años seguidos pude repetir lo mismo, hasta que al quinto el dueño del terreno había cortado el pino que tanto atractivo tenía para las águilas y no menos para mí.

Mientras el águila construye su nido, se ve á la pareja hacer en el aire toda clase de ejercicios gimnásticos, elevarse en espiral por encima de las nubes, arrojarse desde la altura hasta casi tocar el suelo, describir círculos en el transparente éter y jugar el macho con la hembra; da gusto observar á los dos y admirar cómo dominan su elemento, el espacio.

La hembra pone casi siempre sólo dos huevos, muy rara vez tres. Estos son de bastante tamaño, de figura redonda y de color blanco sucio con manchitas rojizas. Los pollos salen del huevo cubiertos del todo de una especie de lana blanca, que va cayendo poco á poco á medida que van naciendo las plumas; sin embargo, se la puede observar todavía adherida á la punta de éstas cuando el aguilucho está ya crecido. Más de dos pollos no se encuentran nunca en el nido del águila real. Sus padres los ceban con abundancia, y en la época de la cría parece el nido del águila una carnicería, pues en él se ven muslos de liebre y conejo, piernas de cordero y cabrito, perdices, etc.

En los primeros días después de haber salido los pollos del huevo, los ceban los padres con carne reblandecida ó medio digerida en su buche; luego se la dan fresca, pero cortada ya por su pico en pedacitos; más adelante les llevan las piezas cazadas enteras, y empiezan á comer algo de ellas delante de sus hijos, los cuales, imitando su ejemplo, pican de la carne hasta que poco á poco se la comen.

Los aguiluchos necesitan lo menos tres meses para poder salir del nido y volar. Mientras están en el nido los padres cuidan bien de ellos para que nadie les haga daño, y no permiten que ninguna otra ave de rapiña se acerque al sitio en donde aquél está situado. Uno de los padres vigila constantemente su cría, mientras el otro caza. Hasta al hombre que se atreve á subir al nido y coger los pollos suelen atacarle con tal furia, que ó le obligan á retroceder ó á exponerse á ser gravemente herido por ellos. Sobre eso circulan noticias curiosas, en particular de Italia, del Tirol, de Suiza y otros países. Una de ellas dice que un cazador atrevido bajó atado de una larga cuerda á un nido de águilas que se hallaba en el hueco de una altísima peña, que subía perpendicular de un profundo abismo. Sus compañeros sujetaban arriba la cuerda y esperaban la señal para volverle á subir. Armado de un sable llegó nuestro hombre felizmente al nido, cogió á los dos aguiluchos, que cuando se vieron agarrados por él pegaron agudos chillidos, los metió en el saco que llevaba atado á la espalda y dió la convenida señal para que le subieran, cuando de repente se presentan los padres, que con la velocidad del rayo se precipitan sobre el raptor de sus hijos, atacándole con las garras y el pico. El valiente mozo desenvaina su sable y pega sablazos á derecha é izquierda para defenderse contra los impetuosos ataques de las furiosas aves. De repente siente un golpe en la cuerda, y mirando hacia arriba descubre con espanto y horror que una de las cuchilladas la ha cortado casi por completo. Al fin llega felizmente arriba; pero ¡cuál sería la sorpresa de sus compañeros cuando le miran y ven que el hermoso pelo castaño del muchacho se había puesto del todo blanco por la impresión del terror y susto pasados.

Salidos los aguiluchos del nido son adiestrados por sus padres durante un par de meses en el arte de cazar y en el modo de buscarse la vida. Después se separan de ellos y vagan por el país algunos años, hasta que se aparejan y construyen su nido. Hasta el quinto año ningún águila real ostenta el plumaje en todo su desarrollo, por lo que hace al color, y hasta entonces no cría. Algunos naturalistas opinan que mientras el águila real no tiene diez años de edad no piensa en buscarse su futura compañera.

En algunos países, principalmente de Asia, como en Persia, Siberia y otros, enseñan al águila, como al halcón de caza, á cazar y coger con ella corzos, cabras montesas, gacelas, liebres, zorras y hasta lobos, cisnes, grullas, gansos y ánades.

DR. BREHM



Marcha por el desierto

SECCION AMERICANA

UNA EXPLORACIÓN ENOJOSA

ESCRITO É ILUSTRADO POR FEDERICO REMINGTON



Silla de montar para viaje

Hallábame en la habitación de un teniente amigo mío, que estaba de servicio en el fuerte Grant, en el Sur de los Estados Unidos, y me refocilaba con un buen habano, complaciéndome en contemplar, á través de una ventanilla, las nubes de polvo, al paso que me congratulaba de estar en aquel cómodo alojamiento, libre por el pronto del calor, que en el territorio de Arizona tiene algo de espantoso durante el verano.

De pronto entró el teniente, que dejando su gorra sobre la mesa, sacó tabaco para hacer un cigarrillo de papel.

– Sepa V., me dijo, que el jefe me ha dado orden de emprender una exploración hacia San Carlos, y que debo marchar mañana á primera hora. ¿Quiere V. venir conmigo?

Así diciendo, encendió su cigarrillo é interrogóme de nuevo con la mirada.

A decir verdad, yo estaba muy á gusto en aquel momento, y sabía por experiencia propia que viajar en verano, bajo el ardiente sol de Arizona, era someterse á un tormento. Por otra parte, recordaba que mi amigo el teniente era un jinete infatigable, y pensé que sin duda iba á elegir otros no menos endurecidos que él para que le acompañaran, á fin de recorrer el país con toda la rapidez posible. Yo no tenía reputación de ser tan consumado jinete, sin contar que hacía lo menos un año que no montaba, y por último, no ignoraba que todos cuantos acompañan á los dragones del regimiento número 10 no han de esperar más alimento que el que á cada soldado corresponde.

Sin embargo, deseaba mucho viajar por el país en la dirección Norte, y sin reflexionar mucho acepté la invitación.

– Debe V. comprender, continuó el teniente entre grave y jocoso, mirándome con aire de superioridad, que al venir con nosotros quedará sometido á la disciplina.

– Ya lo sé, repuse irónicamente.

– Pues en pie, paisano, en pie, caballero, y á la orden, prosiguió el oficial con acento breve y aparente formalidad.

– Nunca obedeceré en este punto de tan buena gana como después de haber montado dos días un caballo del gobierno, repliqué, pues entonces me agradará de fijo más estar de pie que montado.

– Bien, bien, dijo el teniente, ya que estamos convenidos, hágame el obsequio de ir á la cuadra para escoger la montura que más le agrade, ó si no, mejor será que yo le acompañe. V. será buen jinete, pero me parece que vamos á dejarle atrás.

Dicho esto, los dos bajamos á la cuadra, ó mejor dicho, al corral, donde varios soldados negros con chaquetones blancos ocupábanse en limpiar el sucio pelaje de algunos caballos; debo advertir que el regimiento de caballería número 10 del ejército de los Estados Unidos se compone de hombres de color. El finísimo polvo alcalino del país se adhiere como una lapa á cuantos objetos se hallan al aire libre, y de consiguiente, limpiar los caballos es casi tan inútil como empeñarse en barrer el agua del mar en la playa con una escoba.

Se eligió para mí un caballo veterano, pero de buena estampa; el tal cuadrúpedo, de mucha alzada, era fuerte y sano al parecer, pero en la parte posterior del cuello tenía una llaga, que sin duda se había cerrado hacía tiempo. A esto se debía tal vez que el animal fuese díscolo y maligno, defecto que conocían seguramente todos los soldados, pues uno de ellos me dijo: «Ya puede ir alerta su señoría, porque si no, ese caballo le hará saltar de la silla.»

El teniente me dijo que si conseguía montar aquel cuadrúpedo hasta el fin, sin que se le abriese la llaga cicatrizada, me cubriría de gloria.

– Por lo demás, añadió mi amigo, si V. no es práctico en el terreno, ese caballo le conoce á palmos, y sin duda no hay hoyo alguno donde no haya sentado el anca, pues hace cinco años que recorre el territorio.

Satisfecho de mi montura, me retiré al pabellón; llegada la noche, varios oficiales fueron á visitarme, y permitiéronse algunas bromas sobre mi capricho de montar *el caballo de la llaga*, haciendo tristes pronósticos sobre las consecuencias de tal viaje.

– El ciudadano de Nueva York viene á competir con los dragones en punto á equitación, dijo uno de los oficiales á mi amigo el teniente, y bien veo que no quieres que se vaya de aquí pensando que no sabemos montar.

No me costó mucho comprender que los oficiales se proponían humillarme en la próxima excursión, suponiendo que yo me envanecía de ser buen jinete; pero esto me importaba poco, pues mi único objeto era ver el país que se proyectaba recorrer.

Por la mañana, á primera hora, despertóme el asistente de mi amigo, y al punto me levanté para ponerme el traje de campaña. El caballo, que ya estaba á la puerta, fijó en su nuevo jinete paisano una malévola mirada, lo cual me hizo pensar que hasta los cuadrúpedos pertenecientes al ejército participaban de ese tranquilo desdén con que el soldado mira al hijo de la ciudad, y que no es otra cosa sino una manifestación del espíritu militar, tan antiguo sin duda como la época en que los hombres se armaron para combatir contra sus semejantes.

A dos pasos del fuerte habíanse reunido ya todos los que debían tomar parte en la expedición. De pie, junto á su montura, distinguíase entre todos un sargento veterano, de elevada estatura y marcial aspecto, hombre endurecido ya en los combates, según lo demostraban algunas cicatrices; más allá cuatro soldados, con su pintoresco uniforme de



Subiendo una cuesta



Un arriero

campaña, parecían esperar órdenes, y dos muleteros, con sus broncos cargados de paquetes, se disponían á marchar.

Mi amigo llegó muy pronto, seguido de un ordenanza que conducía su caballo, y saltando ligeramente á la silla, dió la orden de montar. Poco después perdíamos de vista el grupo de casuchas que constituye un pueblo militar de la frontera, y entonces nos detuvimos para que los caballos bebieran en una charca casi seca, pues no habíamos de encontrar ya más agua en un trayecto de muchas millas. Después penetramos resueltamente en el desierto.

A la cabeza de la caravana íbamos el teniente y yo; seguían, de uno en fondo, cinco soldados, que montaban descuidadamente, apoyando apenas el pie en el largo estribo usado por la caballería de la Unión; las alas de sus sombreros les cubrían casi los ojos, y su equipo de campaña, carabina, frasco de pólvora y municiones, parecióme no molestarles mucho. En último término iban las mulas, en número de cuatro, cargadas de paquetes y bagajes, y dos de ellas montadas por sus conductores, que á cada momento las reprendían con voz estentórea, porque los buenos animales, avanzando á veces con un trote desordenado, deteníanse otras para arrancar la escasa hierba que encontraban al paso. Debo advertir que los muleteros debían ir alerta para evitar que sus cuadrúpedos se saliesen de la línea y escaparan para volver al fuerte, como lo habrían hecho sin duda al menor descuido.

El sol, elevándose cada vez á mayor altura, comenzaba á brillar con toda su fuerza; nubes de un polvo amarillo, levantadas por los caballos, rodeábannos por todas partes, y después iban á depositarse sobre las hierbas secas; á nuestra derecha extendíase la línea purpúrea de Sierra Bonitas, que se perdía gradualmente entre las brumas del desierto horizonte, y sobre nosotros, la bóveda azul, límpida y serena, no presentaba la más ligera nube.

Muy pronto volvemos á detenernos y nos apeamos para que los muleteros aten de nuevo los paquetes y fardos que se han aflojado; pero como cada hombre se cuida de su caballo, la operación no se prolonga en demasía, y podemos continuar la marcha, comenzando á subir por la pendiente que conduce á las Sierras. La cuesta es cada vez más empinada, y al fin forma un ángulo asombroso.

Al llegar á cierta altura, el teniente da la orden de desmontar; obedecemos al punto, dejando la brida sobre el cuello del caballo, y el cantinero se encarga de servir de beber. Entonces observo que cada hombre saca de la ancha campana de su bota de montar una hoja de tabaco de un pie de longitud, y arranca con los dientes un pedazo para mascarle. Esto me divierte mucho, y al mismo tiempo no puedo menos de admirar el ingenio del soldado, reflexionando que el oficial inventor de la bota de montar no pensó seguramente que ésta serviría también de petaca.

Siempre montaña arriba, tan pronto encontramos alguna arboleda, espesos matorrales y el terreno cubierto de fragmentos de roca, como pendientes casi perpendiculares y un suelo de superficie tan tersa como la palma de la mano. Entonces pensé que la caballería no era propia para recorrer semejantes sitios; pero después he reconocido que cualquiera de estos oficiales que haya cazado apaches no vacilaría en escalar el monumento de Bunker Hill.

Las pendientes de Sierra Bonitas son muy escabrosas, y como el aire se rarificaba cada vez más á medida que ascendíamos, al fin parecióme que me faltaba el aliento, y me confirmé en ello por los fuertes resoplidos de mi caballo, montañés veterano que tantas veces había recorrido la montaña.

El teniente, que iba á la cabeza de la caravana, se apeó de pronto, y yo imité su ejemplo porque ya no podía resistir más. Jamás roca alguna me había parecido tan blanda como aquella en que entonces me senté, y estoy seguro que tampoco mi caballo había tenido nunca tanto sueño, pues dejando escapar un fuerte resoplido, dejóse caer en tierra, inclinó la cabeza, y un momento después dormía profundamente.

Los soldados negros, sentados acá y allá, me inspiraron alguna compasión; el sudor hacía brillar su piel; mas no parecían cansados, pues reíanse y bromeaban como si acabasen de dar un paseo; se conforman con todo, y nunca se quejan ni murmuran, cualidad sumamente apreciable en ellos. Algunos oficiales me confesaron que durante las marchas monótonas ó un prolongado servicio en el campamento, cuando su espíritu se deprime y están completamente aburridos, bástales visitar los grupos de negros alrededor de sus hogueras para distraerse y reirse al oir los absurdos de sus soldados. Las relaciones personales pueden ser mucho más íntimas entre oficiales blancos y soldados negros que en el ejército en que todos son blancos, sin que por eso se rompan las barreras que son necesarias para la disciplina militar. Los soldados admiran á un buen oficial, confían en él, y hasta le buscan para pedirle consejo sobre sus asuntos particulares.

Después de tomar un frugal refrigerio, continuamos nuestra marcha *hacia las nubes*, y trepando durante largas horas, llegamos al fin á la cima de la Sierra. A nuestros pies veíamos la inmensa llanura amarillenta del valle llamado del Manantial de Azufre, y frente á nosotros desarrollábase el del río Gila, semejante al lecho de un mar sin agua. Aquí el teniente hizo sus observaciones y ocupóse en trazar el itinerario que debíamos seguir. En cumplimiento de una orden del gobernador, general Miles, las partidas exploradoras, como la nuestra, salen de continuo de la cadena de fuertes que circuye la gran Reserva de San Carlos, siendo el objeto evitar las intentonas de los apaches y familiarizar á los oficiales y soldados con las vastas soledades de las montañas y del desierto. A la vez se abren nuevos senderos para las columnas de caballería y se reconocen todos los sitios que puedan ocultar enemigos. De este modo, los apaches suelen ver con frecuencia á nuestros soldados, y esto produce saludable efecto en el ánimo de los salvajes.

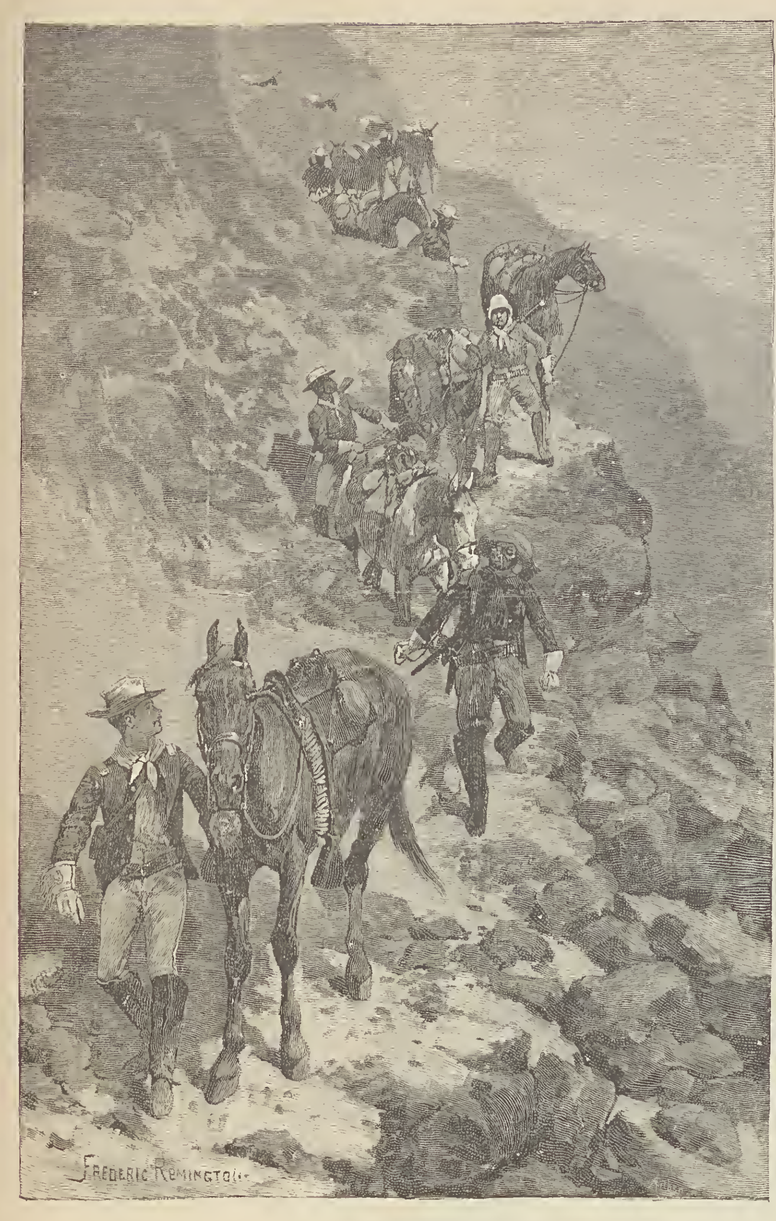
Llegados á la cima de la Sierra, como ya he dicho, era indispensable bajar por el otro lado, y con esto comenzó una nueva prueba. La perspectiva de verse arrollado por los que iban detrás á consecuencia de la caída de un caballo ó cualquier otro percance, bastaba para que todos fuesen muy alerta; mas por fortuna los cuadrúpedos de allí tienen el pie seguro, y rara vez tropiezan, excepto en el caso en que un espacio de terreno ceda traidoramente y haga rodar por tierra al caballo que le pisa. En la cumbre la vista era magnífica, y además no hacia tanto calor, porque los pinos interceptaban los rayos del astro del día.

Bajábamos trazando curvas entre moles peñascosas, cuando de pronto nos encontramos en una especie de cornisa de roca. Quisimos evitarla haciendo un rodeo; pero después de una fatigosa marcha volvimos á dar con una parte de ella, que era preciso franquear en un trayecto de cien pies por lo menos. El teniente, después de contemplar las profundidades ocultas en el fondo por la maleza, limitóse á decir con cómica gravedad que aquel sería el mejor sitio para bajar pronto. No pude menos de convenir en ello, reconociendo que no se tardaría en llegar al fondo, una vez lanzado en el espacio; pero en cuanto á mí, no experimentaba el menor deseo de dar semejante brinco.

Cogiendo de la brida su caballo, el joven oficial comenzó á bajar. La pendiente formaba un ángulo no menor de sesenta grados, y estaba cubierta de fragmentos de piedra y de peñascos, algunos de ellos ocultos en parte por la maleza. El caballo de mi amigo vaciló un momento, después inclinó la cabeza poco á poco, adelantó un pie y emprendió la marcha; pero de pronto tropezó en una gran piedra cubierta de tierra, que rodó por el precipicio abajo, rebotando en las salientes de roca, hasta que se detuvo en el fondo. Si la situación no hubiera sido tan crítica, me habría parecido chistosa, porque el ángulo de inclinación era tan considerable, que el caballo quedó sentado sobre el cuarto posterior como un perro. «¡Vamos!,» gritó el teniente, y como yo iba detrás de él por la estrecha cornisa y no podía retroceder ni dejar á ninguno el paso libre, hice de tripas corazón, como vulgarmente se dice, y avancé sin vacilar. Mi viejo caballo manifestaba la mayor indiferencia, y bajamos rápidamente, arrastrando tras nosotros la parte de guijarros y tierra que á cada cual acompañaba. Los soldados negros nos seguían con tanta holgura como si se hallaran en una planicie, y cuando hubieron pasado me entretuve en observar las mulas. Tenía confianza



Una charca en el desierto



Marcha por las montañas

en el instinto y destreza de estos cuadrúpedos; y en efecto, vilos bajar sin tropezar apenas una vez en las piedras que se hallaban á su paso. Detrás iban los muleteros, y confieso que me asombró la facilidad é indiferencia con que pasaban por aquel peligroso sitio.

Franqueada la cornisa, proseguimos nuestro viaje montaña abajo por lo que llaman en el país un *cañón*. Poco después formamos nuestro campamento junto á una pequeña colina, cerca de la cual deslizábase un arroyuelo; dejáronse en tierra los arreos y bagajes, y las mulas fueron conducidas á la falda de la montaña por un soldado, que, carabina en mano, para vigilarlas más cómodamente fué á sentarse en una roca.

Yo estaba rendido de fatiga, y el hambre me aguijoneaba; mas por lo que vi no debía esperar mitigarlo por el pronto. Encendida la hoguera de costumbre, nos sentamos alrededor para hablar. Un muletero viejo tenía al parecer fecunda imaginación para contar historias, inventadas algunas tal vez, pero verdaderas otras y referentes á varios curiosos episodios de su vida pasada. Los demás muleteros formaron círculo, y uno de ellos, mostrando una baraja, propuso á los otros jugar algunos cuartos. Para que la distracción fuese completa, cada cual sacó una pipa ó un pedazo de hoja de tabaco, conservado en la bota, como ya he indicado antes. El juego prosiguió hasta que ya no fué suficiente el resplandor de la hoguera para ver los naipes, y como los soldados no usan tiendas de campaña en este país, nos embozamos en nuestras mantas para descansar al fin de nuestra fatigosa excursión. Antes de cerrar los ojos observé la figura del centinela, que iluminada por el último fulgor rojizo del sol, parecióme un gigante; luego miré la azulada cúpula de un cielo tachonado de estrellas, y un momento después dormía profundamente.

Al despertar á la mañana siguiente, un torrente de luz iluminaba la montaña, que desde lejos habría parecido de oro en aquel instante, mientras que los tintes grises de nuestro campamento se desvanecían poco á poco. Los soldados acababan de poner dos ollas de hierro sobre la hoguera, y algunos ocupábanse en limpiar los caballos. El sargento veterano, después de peinarse, atusábase el bigote, al parecer con cierta fruición. El vapor del café llegaba hasta nuestras narices, y previendo que pronto se repartiría el agradable líquido, dirigíme hacia el arroyo para lavarme cara y manos, hecho lo cual me presenté á mi amigo, y díjele que ya estaba tan fresco como si no hubiera viajado en quince días. Faltaba á la verdad, y mis tardos movimientos debían revelar sin duda que yo no era el hombre más propio para semejantes excursiones.

Nuestro descanso fué corto, y sin echarlo de ver apenas, halléme montado de nuevo y en marcha. El camino de la montaña volvía á ser incómodo, más propio para las cabras que para nuestras monturas; el viento, que amenazaba llevarse nuestros sombreros, comenzaba á soplar con fuerza, y á lo lejos veíase un espacio arenoso del desierto.

Al cabo de una hora, poco más ó menos, habíamos acabado de bajar, y entonces no fué ya necesario ir uno tras otro, y pudimos trabar conversación, con lo cual debía parecernos más corto el camino. Desmontamos para franquear una pendiente que conducía al valle del Gila, y allí comenzamos á sentir una temperatura más ardiente de lo que yo podía imaginar. El brillo deslumbrador del sol en las arenas de aquel desierto ofendía la vista; las nubes de polvo blanco alcalino elevábanse y se perdían en las alturas, sin duda porque aquél era demasiado fino para depositarse en el suelo y el calor era sofocante. Con esto había suficiente para que la conversación decayera, y tanto es así, que muy pronto volvió á reinar el silencio.

Para que se forme idea de la temperatura que reinaba, basta decir que el agua contenida en mi botella estaba tan caliente que no se podía beber, y el cañón de mi carabina se había caldeado de tal modo, que al aplicar los dedos tuve que retirarlos para no quemarme. A través de las ráfagas de aquel aire ardiente que lo secaba todo á su paso, observamos de repente un espantoso remolino de polvo, especie de tromba de arena que se elevaba en espiral, hasta que al fin fué á perderse en el intenso azul del cielo.

Los caballos avanzaban con la cabeza baja y las orejas caídas, y los soldados no podían ocultar una grave expresión de cansancio y disgusto, tanto que alguno se dormía casi sobre el cuello de su montura.

Así marchamos todo el día, con los frascos vacíos, hasta que al fin, á la caída de la tarde, dimos á vista del fuerte Tomás, donde se nos ofreció esa hospitalidad que es una especie de francmasonería entre los oficiales del ejército. El coronel hizo una deliciosa bebida, no sé con qué, y dió orden de poner hamacas en un sitio fresco, para que estuviésemos con más comodidad. El teniente F... repartió cigarros y mandó que nos preparasen un baño. Todo esto me halagó mucho y agradecílo en el alma; pero sin dejar de reconocer que el fuerte Tomás es un lugar espantoso y el más cálido que en mi concepto puede haber en la costra terrestre. El *siroco*, que reina allí de continuo, barre las arenas del desierto, y el termómetro marca con tenaz empeño la cifra 125° F. Los soldados no permanecen más de seis meses en el valle del Gila, y después se les releva. El día que salen de allí es para ellos una verdadera fiesta.

A la mañana siguiente, muy temprano, nos despedimos de nuestros bondadosos amigos, y continuó la marcha por el valle. Son tan desagradables mis recuerdos de aquella expedición, que no tengo el menor deseo de entrar en detalles, y hasta me parece que no encontraría palabras con que expresar bien mis enojos. Si alguno creyese que la vida del soldado de caballería es aquí lo mismo que bañarse en agua de rosas, bastaríale una expedición como la de que hablo para convencerse de que no tiene nada de apetecible. Las espesas nubes de polvo cubren al jinete y su caballo, sofocándolos casi, y al fin el soldado blanco no se distingue apenas del negro. El ruido que produce el caballo durante la marcha ocasiona la mayor molestia, y los jinetes no pueden ir nunca cómodamente en la silla. No se perdona sacrificio alguno para tener aquí buena caballería, y cada soldado sabe muy bien cuánto le importa conservar en buen estado su montura, pues si no lo hiciera así, cada marcha sería para él un peligro. Cuando los soldados están de guarnición nada les falta; mas llegado el día en que han de recorrer el ardiente desierto y la escarpada montaña, deben resignarse á sufrir las mayores molestias.

A través de los árboles divisamos un campamento y nos detuvimos para observarle; había allí dos ó tres tiendas de campaña y varios cobertizos formados con troncos de árboles, y en último término una acequia. Alrededor de la hoguera en que se preparaba el alimento vi tres hombres, de la frontera sin duda, á juzgar por su rudo aspecto; con sus camisetas de lana roja, su sombrero de anchas alas y su cutis bronceado, cualquiera los tomaría por piratas ó corsarios; pero con gran asombro mío, al acercarnos á ellos se levantan de improviso y saludan al teniente con la sonrisa en los labios y como si fuesen militares. Aquello era un campamento de instrucción para los indios, á la vez que un puesto de observación. Los tres hombres se condujeron con mucha cortesía; nos ofrecieron una tienda, y al punto prepararon algún alimento para oficiales y soldados. Después de comer nos echamos sobre nuestras mantas, observando los grupos de apaches de San Carlos, que nos miraban con curiosidad. Algunos de los indios conocían al teniente, á cuyas órdenes habían servido, y dábanle el nombre de «joven jefe.»

Mucha excitación se produjo entre aquellos salvajes cuando vieron que yo dibujaba en mi álbum, y forzoso fué enseñarles lo que hacía, y suspender después mi trabajo para acceder á las repetidas instancias de los indios, pues entre todos estos, los apaches en particular son los que más repugnancia manifiestan cuando se quiere retratarlos.

Al día siguiente, mientras proseguíamos nuestra marcha, rara vez perdimos de



Escena de campamento



Un percance

vista las chozas de los indios. De vez en cuando, algún salvaje desnudo aparecía de improviso detrás de un matorral, espantando al primer caballo que encontraba; pero los jinetes se han acostumbrado de tal modo á estos encuentros imprevistos, que no les causa la menor inquietud.

A lo largo del valle del Gila se pueden ver aún muchas de las piedras que fueron cimientos de las casas de una populosa ciudad desaparecida hace largo tiempo.

En lontananza se distinguían las construcciones de la agencia de San Carlos y del acantonamiento. Después de vadear el río Gila, cuyas aguas refrescaron á los caballos, nos acercamos insensiblemente á las tiendas de lona del fuerte de San Carlos; muy pronto se distinguen con toda claridad las blancas líneas de aquéllas, y al fin llegamos á la explanada, donde los oficiales se agrupan para recibirnos y felicitarnos. El capitán, al saber que yo soy un artista de Nueva York, de donde él es natural también, insiste en hacerme aceptar la hospitalidad en su


Alto por el camino para afianzar los fardos

palacio, según llama él á su tienda de campaña, que á decir verdad es la más grande y cómoda de todas.

Como ya no estábamos en nuestro propio territorio, se nombró á un oficial para que nos acompañase; era todo un caballero, muy cortés, y trabó conversación conmigo. Díjome que había pasado la mayor parte de su vida en aquel país, y que se había identificado de tal modo con los apaches, que durante las marchas procedía exactamente como si fuera un salvaje, habiendo adquirido ese instinto de localidad peculiar del hombre de la raza roja. A la mañana siguiente, llegada la hora de ponernos en marcha, me llamó la atención el traje del citado oficial. En vez de botas llevaba zapatos, y había sustituído la casaca con una camisa muy blanca. Montaba una jaquita que parecía no tener más que la piel y los huesos, y tal era el aspecto de mi hombre, que nadie le hubiera tomado por un oficial del ejército de los Estados Unidos.

El calor era insoportable, y al pasar por un *cañón*, parecióme estar en una sartén candente. Yo iba detrás del oficial de guía, y me admiró no observar en él la menor señal de molestia ni de fatiga; era insensible al cansancio, al calor y al polvo. Durante largo tiempo atravesamos entre colinas resecadas, donde el terreno, agrietado sin duda por la fuerza del calor, estaba lleno de piedras y fragmentos de roca, abundando particularmente los cactus. Aquello era la naturaleza bajo su más desagradable aspecto, y el silencio que allí reinaba oprimía el corazón.

Por la noche llegamos al fin á un sitio donde había agua, y allí acampamos. Nuestro ascético oficial fué el primero que bebió, y lo primero que hizo después fué llenar todas las vasijas de los oficiales. Los apaches de Juma, míseros salvajes, se presentan á poco en nuestro campamento, ofrecen su mano á todos con la mayor gravedad, y preguntan con muchos rodeos, según su costumbre, si tenemos bastante café y harina, sin duda con la esperanza de que se les dé un poco. La leña de la hoguera comienza á chisporrotear; los soldados forman corro, comen y beben, y después salen á relucir las barajas; los oficiales hablan de los asuntos del ejército, y yo prefiero echarme sobre mi manta para fumarme un cigarro, trabando conversación al mismo tiempo con un pequeño apache, que me mira cual si yo fuese alguna cosa extraña. Al fin puedo conciliar el sueño, pero la luz del sol vuelve á herir mis ojos cuando pienso no haber dormido aún más de media hora, y héteme otra vez á caballo.

Estamos ya en las altas colinas, y el aire es más fresco; el chaparral presenta en algunos sitios frondosa espesura; acá y allá las colinas forman cordilleras, y las moles volcánicas, algunas de ellas formidables, presentan las más extrañas formas. La cincha de mi caballo se afloja, y me apeo para arreglarla, mientras que la caravana desaparece en un barranco, de tal modo que la pierdo de vista, y un momento después ya no sé por dónde van mis compañeros. Para averiguarlo debo retroceder y subir á una altura, desde donde columbro á los muleteros en la pendiente de una montaña, no poco lejos de mí, pero de pronto vuelven á desaparecer trás un grupo de pinos, cuyas altas copas parecen desafiar las nubes.


Lenguaje mímico

Al cabo de algún tiempo consigo reunirme con el jefe de la caravana, precisamente en el momento en que se ha detenido en una cornisa de roca tan estrecha, que hasta los mismos montañeses la observan con inquietud. Un muletero acaba de descubrir una senda para bajar, pero la tal senda sería más propia para los lagartos que para los hombres. Sin embargo, no hay más remedio que pasar por allí, y por lo tanto seguimos adelante. De improviso óyese un estrépito como de estribos que chocan, manoteo de caballos, y rumor de cuerpos pesados que cayeran desde una altura; una nube de polvo nos impide observar qué ha ocurrido, y cuando se desvanece vemos que un soldado acaba de rodar con su montura por la pendiente; pero como el hombre y el cuadrúpedo se levantan muy pronto, y vuelven á subir, presumimos que no se habrían hecho mucho daño.

Aquella noche fué preciso acampar en seco, es decir, en sitio donde no había una gota de agua, y esto es tan angustioso en un país donde el calor lo reseca todo, que ni siquiera me atrevo á recordar lo mucho que sufrimos. En su consecuencia, todos se alegraron de emprender la marcha á la mañana siguiente, tanto más, cuanto que no recorrimos muy larga distancia sin encontrar un torrente. Hombres y caballos pudieron apagar su sed entonces, y como debíamos acampar allí, hubo soldado que bebió quince ó veinte veces; en cuanto á mí, me harté de tal manera, que estaba materialmente hinchado.

A primera hora de la mañana siguiente proseguíamos nuestra marcha, y á poco penetramos en un desfiladero, donde el aire, bastante fresco, me reanimó mucho. La jornada terminó sin novedad, y por la noche acampamos de nuevo en un pinar, donde el terreno estaba tan reseco, que preferí hacer mi cama en la planicie de una roca. La última jornada, que fué la más corta, no se señaló por ningún accidente digno de mención, y á su debido tiempo llegamos al fuerte, y pude entregarme al descanso en el mismo sitio donde me hallaba el día de emprender la expedición.


Bajando una cuesta

LA FRASE FINAL

Entre doce y una se retiraba aquella noche á su casa D. Juan Nicasio. No solía retirarse tan tarde; pero por ser el santo de su antiguo administrador, el señor Rodríguez, hubo de acceder á la afectuosa invitación, acudiendo á los postres para tomar unos dulces, una taza de café y una copa de ron ó de *fine champagne* en compañía de los convidados. Era una atención del propietario á su fiel servidor, al inteligente empleado que acababa de obtener un ascenso en las oficinas del Ayuntamiento.

A las doce y media se despidió, como decíamos, D. Juan Nicasio de todos ellos, y salió á la calle abrochándose el gabán y pensando con tristeza en los años transcurridos desde aquella olvidada fecha en que fué á darles la enhorabuena por el nacimiento de su primer hijo. Al llegar á la plaza de Olavide se dirigió á la calle de Trafalgar, para salir al paseo de Luchana, y en este intermedio pudo observar que alguien seguía sus pasos.

En efecto, á los pocos momentos se le acercó un hombre de mediana traza, aunque no mal vestido, y le pidió una limosna. Metió la mano en el bolsillo D. Juan Nicasio; pero reparando en la ropa, olor y pelaje del mendigo, que representaba á lo sumo treinta y siete años, contuvo este primer impulso, y le preguntó con algún interés:

– ¿No encuentra V. trabajo?

– No, señor, por ahí no...

– Pues preséntese V. mañana en el derribo de la calle de Toledo, más allá de la iglesia.

– No soy albañil, caballero, y no sirvo para eso.

– No importa, unos cien pasos más abajo hay un almacén de maderas finas y allí encontrará V. ocupación, de seguro.

– Pero ¿me da V. una limosna, sí ó no?, insistió el importuno con repentina insolencia.

– Yo no socorro á los vagos; téngalo V. entendido.

Cruzaban en tal momento por delante de uno de esos grandes solares que interrumpen frecuentemente la línea de la edificación nueva por aquellos sitios; la obscuridad era casi completa en aquel punto; no se distinguía en cuanto alcanzaba la vista ni ser viviente, ni sereno, ni la pareja de guardias; pudo, pues, el importuno, que no estaba muy en sus cabales, según lo arrebatado de su rostro, lanzarse sobre D. Juan Nicasio, con intención de agarrotarle los brazos y echarle á tierra. No era nuestro propietario hombre que se amilanase ante cualquier acometida, así es que desasiéndose de repente levantó el bastón para defender á palos su perfecto derecho á la negativa, pues el agresor le había dicho al sujetarle: «si no es por voluntad será á la fuerza.» Mas como era natural, ni el bastón ni sus puños, que al fin tenía ya cincuenta y seis años, fueron suficientes para contrarrestar el empuje rabioso de su enemigo. Resbalaron fácilmente los pies de D. Juan Nicasio en la lucha sostenida cuerpo á cuerpo, por estar el suelo humedecido todavía con las primeras escarchas, y cayó bajo el peso del brutal agresor, que le arrancó el reloj, le desgarró los bolsillos y le despojó del dinero que llevaba encima.

Hubo en esta lucha la particularidad de que ni aun viéndose vencido, sujeto y saqueado, lanzase el primero ni una voz, ni una interjección, ni un grito en demanda de socorro, lo que probaba la energía y la entereza de su carácter. Prefería la humillación á solas, sin testigos ni curiosos, á una reparación lejana ó problemática. En cuanto desapareció el ladrón encendió D. Juan Nicasio un fósforo y buscó por el suelo el alfiler de la corbata, que además de ser de algún valor, lo tenía aún mayor para él como regalo de su señora. Por el pronto no halló el alfiler, pero recogió una carterita de piel, que no era suya, y que probablemente debía habérsele caído al bribón que acababa de robarle. No dejó, sin embargo, de chocarle bastante que un objeto tan fino estuviera en tales manos, pero en la sospecha de que fuese de su pertenencia, lo guardó cuidadosamente. ¡Quién sabe si le daría alguna luz sobre el autor de la pasada fechoría!

Apretó, pues, el paso como movido por esta repentina idea, que vino á ser para él como resorte que diera mayor fuerza de impulsión y de elasticidad á todo su cuerpo. En menos de trece minutos llegó á la calle del Pez, que era donde vivía, y después de subir y llamar entró en su despacho, y á la luz de la bujía encendida por la sirvienta se puso á examinar el hallazgo. Contenía éste dos pliegos blancos de cartas, un retrato y unas cuantas tarjetas. Cogió una de éstas y leyó con indecible sorpresa y mudo de asombro el nombre del dueño allí estampado: *Manuel Antúnez Blanco*. ¿No era para asombrar á cualquiera la circunstancia de llamarse así su hijo y no caber la menor duda de que la cartera con todo su contenido le perteneciese? Quedóse por lo tanto el buen padre como el que ve visiones, no acertando á explicarse la singularidad de que aquel objeto encontrado en la calle fuese á parar á sus manos. ¿Habría sido también robado su hijo?... Era ya esto demasiada casualidad para buscar en ella la explicación del hallazgo. Que se le extraviara precisamente en aquel trayecto, era asimismo una coincidencia tan rara, que no cabía suponerlo ni aun pensar en ello. Fatigado por estas y otras cavilaciones, y necesitando el descanso más que todo, determinó dejar su aclaración para el venidero día.

A la mañana siguiente, entrando de nuevo en el despacho, volvió á examinar por segunda vez la carterita, porque todavía dudaba de lo que había visto á las altas horas de la noche, aun viéndolo tan claro. Pero ¿cómo dudar? Además de las tarjetas, registrando por uno y otro lado encontró la nota de una comida en un *restaurant* de moda, cuya cuenta total ascendía á treinta y cinco pesetas. Luego se fijó en el retrato que había al lado de las tarjetas y que era una fotografía admirable. Representaba una mujer joven, guapa, de grandes y hermosos ojos, vestida y peinada como una gran duquesa, á pesar de que el escote del pecho, lo mismo que el de los brazos, no era de lo más correcto, conveniente y bien visto para retratos.

Ello es que después de pensar y vacilar mucho, D. Juan Nicasio se quedó tan á obscuras como antes estaba acerca del punto principal. Y como nada adelantaba con esto, discurrió que sería mejor dejarlo para más adelante, á ver si la casualidad le favorecía con alguna inesperada circunstancia. Salió, pues, á desayunarse en compañía de la familia, que se reducía á su mujer, una excelente señora, dos hijas casaderitas y el Manolo, que como varón y primogénito, era el niño mimado de la casa, sin dejar por esto de ser un calaverón de tomo y lomo. Eso sí, por su buena presencia y su donosa labia, el muchacho resultaba de lo más simpático del mundo; pero ¡qué cabeza, qué cabecita más deshecha la del caballero Manolo!

Acabado el desayuno, D. Juan Nicasio salió de casa, como de costumbre, para dar cumplimiento á algunos de sus asuntos particulares. Luego, al volver á la hora del almuerzo, se encontró de frente con su hijo, que se dirigía muy de prisa hacia la Corredera.

– ¿Qué es eso? ¿Adónde vas? ¿No almuerzas con nosotros?

Quedóse Manolo no poco sorprendido al ver á su padre, pero reponiéndose en seguida, contestó que iba por unos apuntes á casa de un compañero, que despacharía en un periquete, que no le esperaran y que no tardaría en volver.

Al separarse de su hijo D. Juan Nicasio, se preguntó lo que Mefistófeles pregunta á Fausto: *¿Porchè tal sorpresa?* Ocurrióle, pues, sin saber por qué, volver pasos atrás y ver si alcanzaba al de los apuntes, aunque debía ser algo difícil según el paso que llevaba. Sin embargo, al cruzar la calle de la Luna pudo observar que el joven bajaba justamente por esta calle, y andando hasta el final, se metía en la de la Cruz Verde. Allí se quedó sin género de duda, puesto que D. Juan Nicasio no le vió salir por el otro extremo. La calle era ya un dato, y para el plan que se había trazado bastaba con reunir algunos datos como este. Sin más averiguaciones se encaminó de nuevo á su casa para esperar tranquilamente la hora del almuerzo. Media hora después apareció Manolo y se sentó, como de costumbre, ponderando en todos los tonos el gran apetito, el apetito disparatado que sentía Durante el almuerzo, y á pesar del buen humor que aparentaba, observó el padre que en algunos momentos en que la conversación se hacía general, Manolo se quedaba silencioso y como pensativo. Por esta observación y por las ideas que le sugirió aumentaron grandemente sus recelos.

Toda la tarde la pasó D. Juan Nicasio pensando en esto. Reunida otra vez la familia para comer y llegados los postres. se levantó de la mesa con intención de poner en obra lo pensado. Suponiendo que de noche había de acudir Manolo al mismo sitio, colocóse con anticipación en un portal, y con la santa paciencia de un enamorado, ó mejor dicho, de un



Un trago de brandy



SALÓN PARÉS. – EL DUELO INTERRUMPIDO, cuadro de D. José Garnelo

PREMIADO CON MEDALLA DE SEGUNDA CLASE EN LA ÚLTIMA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID

padre que ama entrañablemente á su hijo, esperó más de media hora. Al fin lo vió doblar la esquina y avanzar por la calle de la Cruz Verde, con aquel paso rápido y desigual que él conocía bastante. Dos minutos después salió D. Juan Nicasio de su escondite y cruzó por delante de la casa que visitaba su hijo. Ese mismo día le llamó su mujer aparte.

– ¿Sabes lo que he observado, Juan?... No quería decirte nada, porque son cosas que duele tanto el confesarlas... sobre todo á las madres.

– ¿Qué es ello?... Acaba, dijo el marido asaltado por repentinas sospechas.

– Ayer tarde tenía que ir á la platería por un encargo de mi sobrina Amelia, y me vino la idea de llevar una de mis pulseras que no cierra bien. Fuí, pues, al armario de luna, abro el cajón y me veo que...

– Que no estaba la pulsera.

– No sólo la pulsera, sino que me faltan también los pendientes buenos, y un medio aderezo y la sortija de mi madre y otra porción de cosillas...

– ¿Y tú sospechas de?...

– Qué quieres, Juan... si sólo se tratase de temer un extravío, una falta por grande que fuese... tal vez me callara, pero he sorprendido á Manuel en mi gabinete á ciertas horas de la noche, y ha fingido que venía como trastornado, como ebrio, que se equivocaba de cuarto, que no sabía por dónde salir...

– ¡No digas más! Este hijo nos va á dar algún disgusto...

– Pero ¿has observado algo en él estos días?

– Nada, de extraordinario nada; pero mañana pienso cogerlo por mi cuenta y hablarle seriamente. Y ahora veremos á qué hora se retira esta noche á casa.

Uno y otro estuvieron en vela hasta las dos de la madrugada. Con los precedentes que tenía el padre y esta injustificada ausencia, ¿cómo poder descansar?

Antes del amanecer se levantó D. Juan Nicasio, vistióse con febril apresuramiento y aguardó dando vueltas por el gabinete á que se hiciera de día. En cuanto hubo luz y oyó gente en la calle cogió la capa, se lanzó fuera y llegó en pocos minutos á la calle de la Cruz Verde, deteniéndose delante de uno de los portales de mejor apariencia. Estaba el portal cerrado como la mayor parte de ellos, y no determinándose á llamar tuvo que esperar desde el más cercano, con triste resignación. Al poco rato se abrió el portal y apareció la portera con la escoba en la mano. Sin vacilación ninguna acercóse D. Juan Nicasio, habló unos minutos con la portera y subió al tercer piso. Después que hubo llamado se presentó en la puerta una señorita de unos veintidós años, con sombrero de viaje, el velo recogido, los guantes en la mano y un aire particular de soberanía.

– Buscaba á D. Manuel Antúnez... ¿No está aquí?, pues estaba muy seguro de encontrarlo.

– No, señor, aquí no vive ningún Antúnez.

– Falta usted á la verdad, señora... y yo sabré encontrarlo.

Comprendió la joven que el abrir la puerta en vez del ventanillo había sido una imprudencia, pero ya no tenía remedio. D. Juan Nicasio entró casi á viva fuerza y en el mismo pasillo, que era largo, tropezó con su hijo, á quien la curiosidad y la ansiedad lanzaban á la puerta del cuarto. Cogióle de la solapa de la americana y poco menos que á empellones lo metió en el primer gabinete que halló abierto, y allí, á solas, le arrojó al rostro la vergüenza de aquella bribonada, de aquella fea acción, de aquel proceder incalificable:

– Cuenta, habla, confiesa la verdad, ante todo la verdad. ¿Qué significan estos preparativos de viaje, ese baúl-mundo que he visto en el recibidor, esa mala mujer?... Y ¡por Dios vivo! que me dan tentaciones de abandonarte, de no acordarme que tengo tal hijo. ¡Dios mío! Si parece mentira que hayamos alimentado un ser tan descastado y tan ingrato. Cuenta, dime: ¿Adónde ibas con esa tal? ¿Cómo no viniste anoche?... Pero no, no es este sitio decente para hablar de... Vamos á casa, á tranquilizar á tu pobre madre.

Siguió, pues, el joven á D. Juan Nicasio sin decir palabra, porque tan sorprendido, confuso y anonadado se hallaba, que no acertaba á formular una excusa, ni aun á inventar algo que atenuase de algún modo la terrible acusación de los hechos. Salieron de la casa y llegaron á la calle del Pez, pudiendo reparar desde cierta distancia que había una persona asomada al balcón. ¿Quién debía ser esta sino la propia madre, para quien no hubo sosiego desde el instante en que vino en sospechas de lo sucedido? Conociéndolos al momento, fué ella misma la que les abrió la puerta y los acompañó á su gabinete. Es de presumir la escena conmovedora que seguiría á su entrada. Reunidos allí los tres, confesóles Manolo su nueva locura, la pasión que le arrastraba hacia aquella mujer, el ansia que le entró por el dinero, el trastorno de sus sentidos; en fin, la historia completa, desdichadísima, que afortunadamente no tuvo las funestas consecuencias de todas ellas.

Después de escucharle como inteligente y severo juez, sacó D. Juan Nicasio la carterita de piel y le preguntó si recordaba cuándo y en qué sitio pudo perderla. Volvió á sonrojarse el hijo y contestó á medias palabras y vacilando mucho, que la necesidad de tener dinero para irse con la consabida fuera de Madrid, lo llevó á una casa de juego, tal vez de las peores. Sintiendo gran calor ó excitado por el afán de ganar, se había quitado el gabán y arrojádolo á la silla más cercana. Indudablemente algún jugador sin conciencia registró los bolsillos de la prenda para llevarse lo que le pareciera de valor. Puede suponerse que este jugador ó *gancho* bebía también más de lo debido y había caído en la tentación de sorprender á una persona decente para robarle. El que detuvo á D. Juan Nicasio, ó era el mismo mal hombre, ó algún compañero de timba que recibiría la cartera á cambio de algo ó por cualquier otro motivo.

Quedóse D. Juan Nicasio muy pensativo y aun después de haber hablado mucho de este asunto, al volver al poco rato á su despacho no pudo menos de pronunciar algunas palabras sueltas, pues al fin y al cabo todas las situaciones de la vida se resumen en una frase: «¡A no ser por esa coincidencia, quién sabe lo que hubiera pasado!»

Por su parte el hijo, al quedarse solo en el cuarto, sacó la cartera, la contempló buen espacio de tiempo y arrojándola sobre la mesa exclamó con visible enojo: «¡Maldita casualidad! Ni el diablo que lo entienda cómo suceden estas cosas.»

JOSÉ M. MATHEU

EL DO DE PECHO

VII

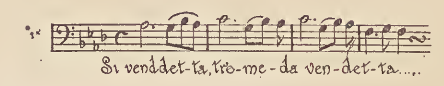
In o-diarci e in a-mor pa-ri siamo.....

(*Ernani*, atto I.)

– Pero ya habrás supuesto, *mio caro*, que siendo ella tan hermosa no había de ser yo solo el que quedara preso en la red de sus encantos. Otros había en la compañía que suspiraban, como yo, por la primera tiple. Mas entre todos descollaba por enamorado y por temible uno, que era el supremo árbitro de nuestros destinos artísticos: el director de orquesta. El caballero *Aristide Burrone* era una eminencia, si se atendía á su colosal estatura; sus brazos eran tan largos que cuando se sentaba en su sitial para dirigir un ensayo y la ópera no salía bien tan pronto como él deseaba, y montaba en cólera, y se volvía al músico infeliz causa del desbarajuste momentáneo, el pobrecillo culpable se encogía y amenguaba, temiendo que aquella mano ganchuda llegase, como la de Dios, á todas partes, y lo cogiera y lo enviase á las bambalinas en un rapto de furor filarmónico. Pues ¿y cuando se levantaba del sillón? Todos los días nos causaba la misma sorpresa. Se nos olvidaba, viéndole sentado, lo largo que era, y cuando se desplegaba retrocedíamos instintivamente como si viésemos venir al gigante Briareo. Ocultaba los ojos saltones y sin expresión tras unas gafas de miope, cuyos cristales tenían casi medio dedo de grosor, y se peinaba de un modo tan extravagante que un mechón espesísimo de cabellos le bajaba, queriendo huir de sus patrios lares, hasta el nacimiento de la nariz, dividiéndole la frente en dos mitades igualmente sucias y arrugadas. Cuando llegaba la *stretta* de un concertante y él comenzaba á dar saltos en el sillón y á agitar los brazos como alas de murciélago, y el mechón á volar arrastrado por aquel huracán de notas, el maestro Burrone se ponía del todo imponente, y hasta que caía el telón no volvía la calma á los conturbados espíritus de los que gemíamos bajo su potestad. Aparte de esto, como su carácter era huraño y sombrío, bien podía decirse que el ilustre director era tan obscuro y tenebroso como su apellido.

Tal era el principal de mis rivales. Medea, es claro, tenía que guardarle ciertas consideraciones y miramientos, para que no le hiciera una noche cualquier barrabasada que la pusiera á dos dedos de la silba y del descrédito; y como el muy estúpido no pensaba que le acariciaban por miedo, cada día se apasionaba más de su ídolo y cada día me miraba á mí con ojos más aviesos y traidores, como pidiéndome cuenta del nunca visto atrevimiento mío, que me inducía á disputarle el amor de aquella mujer. Yo veía más claro que él, entre otras razones, porque ¡gracias á Dios! no era corto de vista ni usaba lentes; comprendía que, como Medea cantaba poco más ó menos como yo, necesitaba tener contento al maestro para que éste velase con un fuerte oportuno sus descarrilamientos musicales; pero así y todo, me fastidiaba ver á aquel mochuelo empeñado en la conquista de mi divina compañera.

VIII



(*Rigoletto*, atto II.)

Y por fin, un día que ensayábamos *El Trovador*, la tormenta que amenazaba estallar hacía tiempo, comenzó á dejar oir sus primeros truenos y á lanzar sus primeras chispas. Mi pasión creciente por Medea me hizo olvidar toda prudencia y decidirme á poner en claro la situación y á pedir á la codiciada tiple que eligiera entre el amor gigantesco de Burrone y el mío. Aproveché para proponer tal dilema un breve descanso que mi tiránico rival nos concedió, después de hacernos ensayar sin tregua los dos primeros actos de la ópera. Medea estaba sentada de espaldas á una caja de bastidores, envuelta en monumental abrigo de pieles y cubierta la cabeza por una gorra rusa que, como todo lo que se ponía, le sentaba divinamente. Cogí un taburete, me senté tras ella, amparado por la sombra que proyectaba el bastidor, y desde aquella especie de confesonario comencé mi plática.

– Medea, es preciso que hablemos seriamente.

– ¿Seriamente? ¿De qué?...

– Yo no puedo resistir más. Yo la quiero á V. más que á mi vida, y deseo saber si V. me corresponde y me da derecho á que espante á toda esa turba de estúpidos que la persigue...

– ¿Tan antipáticos le son?... ¡Pobrecitos!...

– Sí... los odio á todos... pero principalmente á Burrone, á ese mamarracho de director que está persuadido de que V. le distingue...

– Y puede que no se equivoque...

– Medea ¡por Dios!... no tome V. á broma lo que le estoy diciendo. ¡Usted no sabe lo que yo sufro cada vez que veo pavonearse á ese mentecato por esa preferencia imaginaria!...

– Pero, Giacomo, reconozca V. que sufre sin motivo alguno. Si V. mismo reconoce y comprende que esa distinción de que Burrone se cree objeto, sólo existe en su mente y no es verdadera, ¿cómo no le sirve á V. de diversión tal error de su vanidad, en vez de servirle de tormento? ¿Qué quiere V. que yo haga para evitarlo? ¿Decirle á V. que es buen adivino y que, en efecto, yo no distingo ni amo á ese espanta-pájaros y que no le querré nunca? Vaya, pues téngalo V. por dicho y no se martirice V. más, y ríase V., como yo, de nuestro maestro *concertatore é direttore*, que en este asunto ha perdido la batuta.

– Gracias, Medea, gracias. Pero entretanto ese necio continuará en sus trece, robándome ocasiones de hablar con V., interponiendo siempre su tétrica figura entre los dos y, en fin, haciéndome pasar muy malos ratos... ¡Vamos... dígamelo V. una vez siquiera!... ¿Usted me quiere?

– *Un pochettino.*

– Y queriéndome, ¿por qué no le da V. pasaporte á ese fantasmón?

– ¡Ah, Giacomo! Eso es imposible por ahora. Cuando concluya la temporada, en seguida. Entretanto paciencia... No quiero ser silbada.

– Si ahora ya no puede V. serlo. Usted, con su hermosura y su gracia, se ha atraído todas las simpatías del público y lo tiene por completo de su parte. Las maquinaciones y estratagemas de Burrone no harán á V. daño y se volverán en contra suya... ¡Vamos!... ¡Por un día al menos, cara fosca al presumido gigantón!...

– No, no es posible...

– ¡Por tu pobrecito Giacomo!...

– *¡Sei un pazzo!* No es posible...

– Tienes más miedo que amor.

– Sí.

– Pues á mí no me importa, con tal que tú me quieras, ser silbado.

Y aún no había acabado yo de pronunciar estas palabras, un mechón más terrorífico que toda la cabellera de Medusa apareció entre nosotros dos y una voz cavernosa y lúgubre gritó en mi oído.

– *¡Lo sarai, stupido tenore!*

Me volví y quedé petrificado. Ni Macbeth ante la sombra de Bango, ni Póstumo ante la de su padre, ni Hámlet ante la del rey, quedaron más espantados y confusos que yo. El interlocutor inesperado era Burrone. Se alejó, pronunciada la profética sentencia, y Medea y yo nos miramos temblando, como si nos hubiese acometido el frío precursor de la *malaria*.

L. CÁNOVAS

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL TELÉGRAFO TAQUIGRÁFICO, SISTEMA A. CASSAGNES

La necesidad de conocer en todas partes cualquier suceso á poco de acaecido, ha dado excepcional importancia al telégrafo; pero éste ofrece algunos inconvenientes, entre ellos la producción limitada que se obtiene aun con los más perfeccionados aparatos y lo caro que resulta el precio de transmisión.

Fig. 1. El telégrafo taquigráfico. Aparato receptor é impresor.

El *telégrafo taquigráfico* remedia estos defectos, pues, como su nombre lo indica, transmite con la velocidad de la palabra y transcribe la taquigrafía por los procedimientos de la telegrafía múltiple, imprimiéndola en una tira de papel en caracteres tipográficos. Los elementos esenciales de este aparato son el *transmisor* en la estación de partida, y el *receptor* en la de llegada (figs. 1 y 2): para las distancias de 2 á 3 kilómetros el transmisor y el receptor están unidos por un cable de 20 hilos; en caso de mayor distancia la transmisión y la transcripción se realizan con los mismos aparatos enlazados por un solo hilo telegráfico ordinario, en cual caso en el punto de partida se hace uso de algunos aparatos intermediarios.

Como transmisor emplea M. Cassagnes el teclado del aparato de taquigrafía mecánica, sistema Michela; consta éste de 20 teclas, cada una de las cuales mueve, por medio de una palanca horizontal, una barrita vertical con un signo de imprenta convencional en su extremo. Las 20 barritas reunidas debajo de una tira de papel de 0'044 metros de ancho, imprimen en ésta los signos correspondientes á las teclas que se han tocado, como lo indica la fig. 4 (1).

La disposición del aparato es tal, que una línea representa una sílaba formada del modo siguiente: una de las 6 primeras teclas de la izquierda del teclado ó una combinación de dos ó tres da la primera consonante de la sílaba; las 4 siguientes, la segunda; las otras 4, la vocal, y las 6 restantes la última consonante. La manipulación de este aparato, empleado con éxito en el Senado italiano, es muy sencilla.

(1) Traducción: *la combinaison de la stenographie mecanique et de la telegraphie permet d'obtenir une rapidité de transmission inconnue jusqu'a ce jour.*

M. Cassagnes utiliza el teclado y el alfabeto Michela, con la diferencia de que en el telégrafo taquigráfico la presión sobre las teclas sirve sólo para cerrar un circuito eléctrico que obra sobre el receptor, el cual transforma los signos convencionales en los correspondientes caracteres tipográficos.

El receptor (figs. 1 y 2) se compone esencialmente: 1.°, de 20 electro-imanes A, cada uno de ellos enlazado por medio de un hilo del cable (en el caso de distancias cortas) con una tecla; estos electros están dispuestos en 4 grupos de 6, 4, 4 y 6, correspondientes á los grupos de teclas de que antes hemos hablado; 2.°, de 20 correderas horizontales B, dispuestas sobre los electros y agrupadas á su vez en 4 series: normalmente cada corredera está retenida por un eje *t*, que forma cuerpo con la armadura *a* del correspondiente electro y que penetra en la muesca *e* de aquélla; 3.°, de cuatro ruedas de los tipos R, ajustadas á un árbol O delante de los cuatro grupos de correderas. La primera de estas ruedas lleva en su periferia 26 caracteres tipográficos é imprime la primera consonante de la sílaba; las ruedas siguientes llevan respectivamente 11, 11 y 26 caracteres para la impresión de la segunda consonante, de la vocal y de la última consonante de la sílaba. Cada rueda forma cuerpo con una espiral dentada D, que tiene un número de dientes igual al de tipos de la rueda correspondiente.

He aquí cómo funciona el aparato: Cuando en el punto de partida se oprime una tecla, el circuito del electro correspondiente, A por ejemplo, del receptor queda cerrado; la armadura *a* es solicitada y con ella el eje *t*, que se retira de la corredera B, la cual solicitada por el resorte M se mueve en el sentido de la flecha. Entonces el tornillo V toca al extremo derecho de la corredera B^1 y el extremo izquierdo de la corredera B se ve detenido á una distancia previamente determinada del eje O. Si al mismo tiempo se provoca el libre movimiento del árbol O, que gira por medio de un motor eléctrico, las ruedas con tipos de imprenta giran á su vez, y la que está delante de la corredera B se detiene cuando el diente de la espiral D, que está á igual distancia del eje de rotación O que el extremo de la corredera, viene á chocar con ésta.

El aparato está dispuesto de tal suerte que en el momento de parada la letra correspondiente al avance de la corredera se encuentra debajo del cojinete de impresión.

Supongamos ahora que para obtener una letra hay que oprimir dos teclas que cierren los circuitos de los electros A y A'; en este caso la corredera B^1 avanza hacia la izquierda en una cantidad regulada por el tornillo V^1 y el pasador del tornillo V retrocede en una cantidad igual. La distancia recorrida por la primera corredera B es, pues, la suma de las distancias parciales recorridas por las citadas correderas, y en este caso el diente de la espiral detenida corresponde á la combinación de las dos teclas oprimidas. El conjunto del receptor se completa con algunas disposiciones de detalle; así, una serie de espigones S

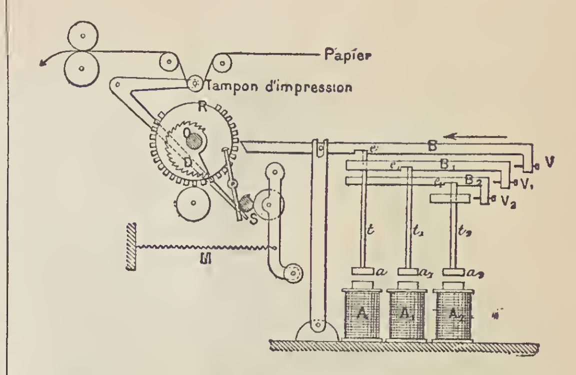


Fig. 2. Diseño del mecanismo del aparato receptor

producen, en el momento que se desea, la impresión, el avance del papel y el retroceso hacia la derecha de las correderas B que los ejes *t* retienen de nuevo en su posición inicial.

Lo mismo sucede con las demás ruedas, quedando las sílabas impresas del modo que indica la figura 5, que es la traducción de los signos convencionales de la fig. 4, y resultando una tira perfectamente legible.

Este aparato que transmite más de 200 palabras por minuto (la rapidez de la palabra rara vez es de 180) es, pues, de evidente utilidad desde el punto de vista taquigráfico propiamente dicho.

Para las grandes distancias, como en todos los telégrafos de transmisión múltiple, se utiliza un distribuidor cuyo principio es el siguiente: supongamos en

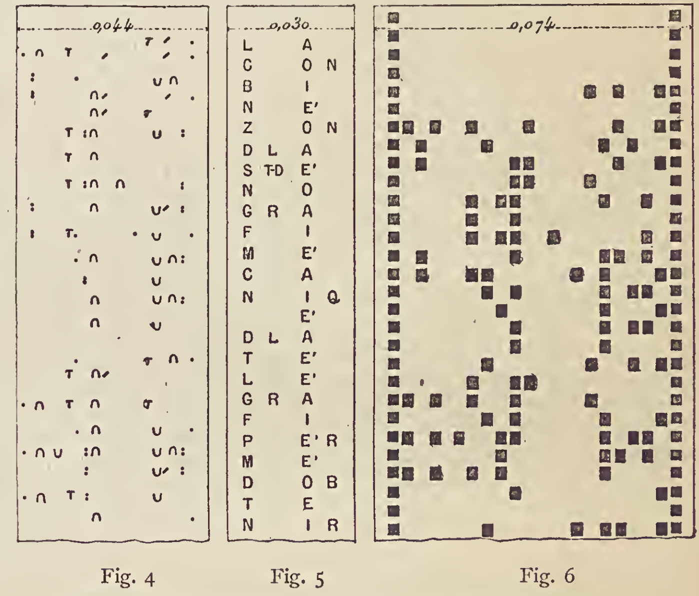


Fig. 4 Fig. 5 Fig. 6

Impresiones y tira de papel perforado del telégrafo taquigráfico

la estación de partida un círculo de hierro D (fig. 3), dividido en un determinado número de sectores aislados unos de otros, sobre los cuales se mueve un frotador F, montado en el eje de una rueda fónica A, de P. la Cour, y admitamos por un instante que los sectores, en número de 20, están unidos cada uno por un hilo á las teclas del teclado. Imaginemos en la estación de recepción un aparato análogo, cuyos sectores estén unidos á los electros del receptor impresor, y supongamos finalmente que los dos frotadores F y F', unidos por un hilo telegráfico L, giran con la misma velocidad y pasan en el mismo instante por los sectores de igual condición. Si se oprime una tecla, la n.° 4 por ejemplo, la corriente pasará por aquel hilo y accionará sobre el electro n.° 4 cuando los frotadores pasarán por los sectores n.° 4: el electroimán atraerá entonces su armadura y se obtendrá con un solo hilo el mismo efecto que con el cable de 20. En las grandes distancias se hace preciso, sin embargo, emplear á la llegada los hilos suplementarios R que cierran el circuito de una corriente local que obra sobre los electros del receptor.

Para que la transmisión pudiese hacerse sin perder contactos, sería preciso tocar el teclado en la estación de partida de modo que cada sílaba correspondiera á una vuelta del frotador; pero como la manipulación de aquél ha de estar subordinada á la velocidad de la palabra, M. Cassagnes usa dos pequeños aparatos, un *perforador* con 20 punzones que agujerea la tira de papel en la forma de la fig. 6, en sitio dis-

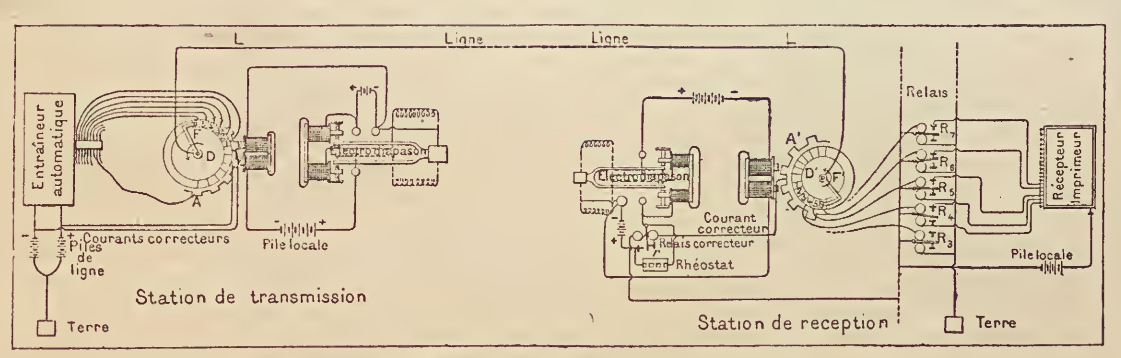


Fig. 3. Diseño de la instalación de dos estaciones en comunicación

tinto según la tecla que se oprima, y un *arrastrador* que arrastra la tira á sacudidas periódicas con 20 palancas de muelle que tienden á penetrar en los agujeros de la tira para establecer una serie de contactos y cerrar los circuitos de los hilos suplementarios

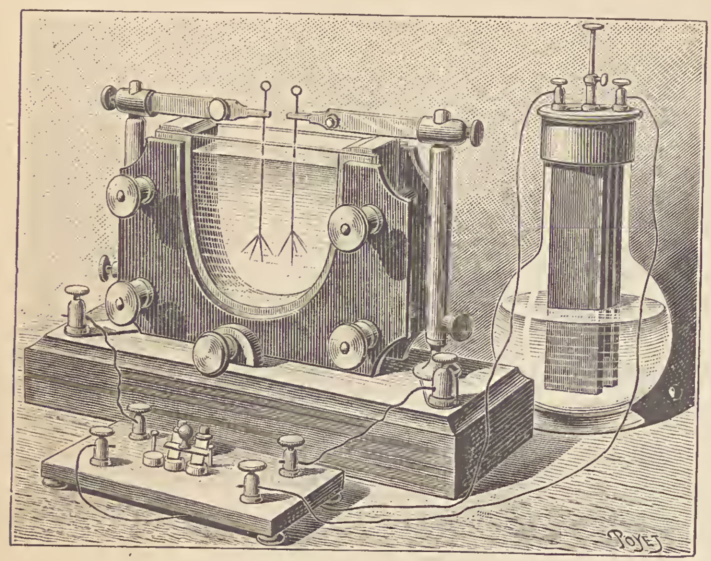


Fig. 1. Cuba-laboratorio para proyecciones

instalados en la estación de llegada, y que sólo logran realizar esto cuando se encuentran con el agujero que á cada uno corresponde, pues de lo contrario el papel hace las veces de aislador. En la práctica, los sectores del distribuidor de partida van unidos á esas palancas y no á las teclas, como hemos dicho para hacer comprender el sistema.

Con el telégrafo taquigráfico pueden transmitirse en las grandes distancias 288 palabras por minuto y en las pequeñas 432, cuando el telégrafo común más rápido sólo transmite de 25 á 30.

(De *La Nature*)

***

LAS PROYECCIONES Y LA ENSEÑANZA

Probada suficientemente la utilidad de las proyecciones para la enseñanza, luchábase hasta ahora con la dificultad de no poseer aparatos construídos expresamente para ellas. Esta dificultad la ha obviado M. H. Fourtier con el instrumento de su invención destinado á salvar los inconvenientes hasta el presente observados y á facilitar en alto grado la enseñanza científica. La idea de M. Fourtier consiste en colocar en la linterna de proyección un recipiente estanco de caras paralelas, en donde deben ponerse todos los objetos para los experimentos: la *cuba-laboratorio*, que así se llama el recipiente (fig. 1), es de construcción sumamente ingeniosa y práctica: consiste en un pedazo de caucho grueso en forma de U, puesto entre dos cristales que se ajustan á él por medio de dos piezas metálicas provistas de tornillos de presión,

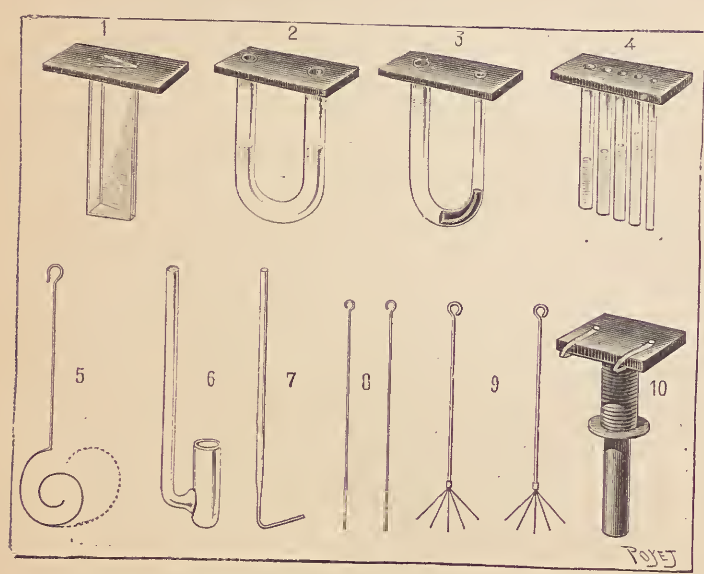


Fig. 3. Accesorios de la cuba-laboratorio para proyecciones

gracias á lo cual la cuba puede desmontarse y limpiarse fácilmente. Esta cuba se coloca en la linterna en el mismo sitio que la vista de proyección ordinaria.

La fig. 2 representa la instalación general de la cuba montada en la linterna: á la izquierda se ve el aparato de proyección cuyo sistema óptico está colocado á distancia bastante para recibir la cuba-laboratorio, y á la derecha la tela en que se refleja la imagen agrandada, que en nuestro dibujo es la del agua descompuesta por una corriente eléctrica. Obsérvese que la imagen aparece en su verdadero sentido y no á la inversa, como sucede con las otras linternas (lo que obliga á colocar los objetos al revés), resultado obtenido por medio de un prisma colocado delante del objetivo.

A los dos lados de la cuba hay dos pilares metálicos que sostienen dos barritas en ángulo recto que sirven para sostener los objetos y que se pueden cambiar según sea la forma de éstos: estos pilares, en comunicación con las dos bornas del zócalo, pueden servir de conductores eléctricos. La corriente necesaria para los experimentos se obtiene por medio de una pila al bicromato de potasa: en el primer término del grabado (fig. 1) se ve un inversor de corriente, que es muy útil para los experimentos de electrolisis.

La fig. 3 representa los accesorios que acompañan la cuba-laboratorio y que son necesarios para los experimentos que vamos á enumerar.

Placas de cristal inclinadas. – Este dispositivo sirve para evidenciar la capilaridad: colocadas las placas en la cuba que contenga una pequeña cantidad de un líquido ligeramente coloreado, éste se eleva entre aquéllas (fig. 3, número 1), obteniéndose así una curva en extremo característica. Otro dispositivo (n.° 4) que en vez de placas tiene una serie de tubos de distintos diámetros, permite hacer el experimento en otra forma. El dispositivo n.° 2 es para demostrar la ley del equilibrio de los líquidos, y el n.° 3 para hacer ver que la altura de éstos, establecido el equilibrio, está en relación inversa de su densidad. El n.° 5, que es una planchita de paladio cuyo extremo está arrollado en espiral y uno de cuyos lados tiene una capa de barniz aislador, permite hacer ver el fenómeno de la oclusión indicado por Graham, pues el paladio tiene la propiedad de absorber 376 veces su volumen de hidrógeno. El n.° 6 representa un recipiente de cristal que permite introducir un líquido denso dentro de otro menos denso que llena la cuba: la difusión de los dos líquidos se produce sucesivamente dando lugar á la formación de curiosas volutas. La pipeta n.° 7 permite dejar caer en un líquido una gota de un producto cualquiera para producir tal ó cual reacción. Los dos hilos n.° 8 son de platino y sirven para demostrar la electrolisis del agua; los del número 9, terminados en abanico, son para probar la electrolisis de ciertas sales metálicas. El último accesorio, número 10, es un electro-imán de núcleo prolongado: llena la cuba de glicerina, se echan en la superficie de ésta lentejuelas de hierro que descienden hasta el fondo lentamente; si se coloca entonces en el líquido el electro-imán, las lentejuelas son atraídas rápidamente y se agrupan alrededor de éste en formas variadas que constituyen el espectro magnético.

Como se ve, los accesorios que acompañan la cuba-laboratorio no son muchos en número, pero no sucede lo propio con los experimentos que con ellos se pueden realizar y que el operador puede multiplicar hasta lo infinito. A título de ejemplo vamos á enumerar algunos, además de los que incidentalmente hemos indicado al estudiar el empleo de los diversos accesorios del aparato.

I. *Reacciones químicas.* – Estas se hacen en la cuba con soluciones diluídas de manera que no extingan los rayos luminosos, empleando, según los casos, la pipeta (n.° 7) ó la cuchara de cristal (n.° 6). Llenando la cuba de sulfato de protóxido de hierro y echando en ella gota á gota una solución de ferro-cianuro de potasio se produce el azul de Prusia. De igual modo con sulfato de cobre y amoniaco se obtiene un precipitado verdoso, que con un exceso de amoniaco se convierte en azul celeste; con nitrato de plata y una solución de sal marina se logra un precipitado blanco de cloruro de plata; con cloruro de bario y ácido sulfúrico echado poco á poco prodúcese el precipitado de sulfato de barita en forma de gránulos finos; proyectando en una solución de nitrato de plomo (4 partes de agua y 1 de sal) un cristal bastante grueso de sal amoniaco se formarán arborescencias curiosas de cloruro de plomo.

II. *Fenómenos de coloración.* – Si en la cuba llena de tintura de tornasol azul se echan algunas gotas de ácido sulfúrico diluído, el tornasol se vuelve rojo; con una adición de amoniaco recobra su primer color. Unas gotas de amoniaco en una solución de rosanilina descoloran ésta, que vuelve á su color primitivo saturando el amoniaco con un poco de ácido.

III. *Mezcla y difusión de líquidos.* – La cuba-laboratorio es eminentemente á propósito para demostrar estos fenómenos en extremo curiosos que difícilmente se prestan á la observación directa. Los líquidos se mezclan por penetración ó por difusión: en el primer caso, las moléculas se interponen á consecuencia de la agitación ó de cualquiera otra causa; en el segundo, las moléculas se mezclan por acción espontánea, pero ni en uno ni en otro hay acciones químicas. Unas gotas de tinta echadas por medio de la pipeta en la cuba llena de agua producen una serie de volutas de curioso efecto. La introducción en agua alumbrada de un líquido menos denso, como una solución alcohólica de color de anilina, producirá movimientos del líquido de una forma en extremo singular. Un cristal de violeta de anilina puesto sobre la superficie del agua de la cuba se disolverá poco á poco, produciendo sutiles hilos que formarán unas volutas especiales. Si en la cuba llena de agua tibia á la temperatura de 15 á 20 grados se coloca un pedazo de hielo, la mezcla de los dos líquidos de distinta densidad dará lugar á curiosas ondulaciones, que serán perfectamente visibles, gracias á la amplificación del fenómeno, cuando no lo son para la observación directa.

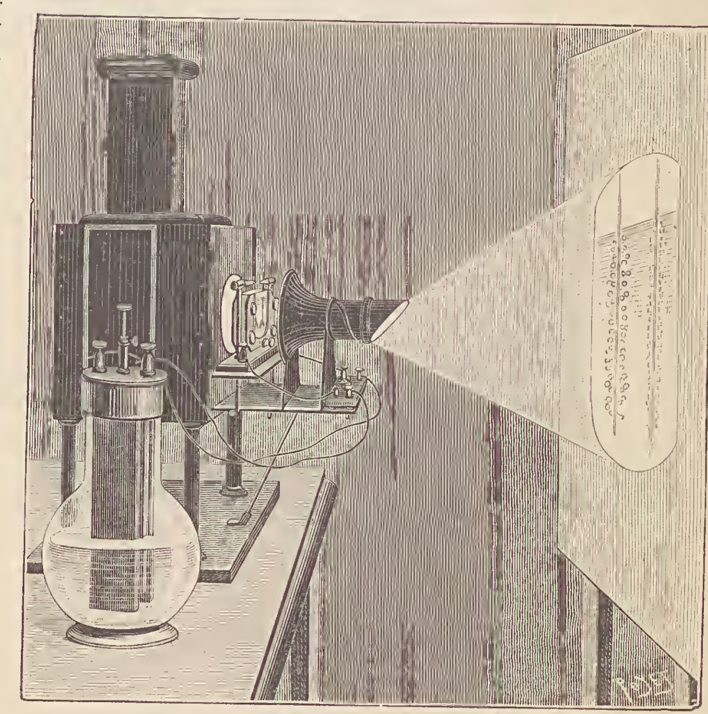


Fig. 2. Empleo de la cuba-laboratorio para proyecciones

Estos y otros muchos experimentos pueden hacerse con la cuba-laboratorio.

Este ingenioso aparato debiera ser de uso constante en los cursos de física y de química, en los que actualmente los profesores han de limitarse á presentar únicamente las grandes reacciones, las solas que pueden apreciar los alumnos, con lo que podrían completarse las lecciones de una manera eminentemente instructiva (1).

(De *La Nature*)

(1) La cuba-laboratorio de M. Fourtier permite realizar con gran facilidad delante de un auditorio numeroso el experimento del desarrollo de la imagen latente en una preparación fotográfica. En este caso se sustituye el cristal posterior de la cuba por un cristal de color de rubí muy pronunciado. Este experimento, que ha sido hecho por vez primera por M. Davanne en una conferencia en la Sorbona, puede ser ejecutado con gran facilidad por medio de la cuba-laboratorio.



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard-Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Respecto á la política exterior y reforma del mapa de Europa, ambas cosas constituían la diversión y recreo de los barbudos, y se efectuaba sencillamente por medio de la baraja. Porque efectivamente era agradable, mientras se preparaba una jugada decisiva en los *cientos*, para apuntarse quinto y catorce, libertar á la desgraciada Polonia, ó al enseñar el rey en el *ecarté*, impedir á los rusos que entraran en Constantinopla. Sin embargo, algunas barbas del café de Sevilla, las más solemnes, se dedicaban con preferencia á las cuestiones internacionales, á los grandes problemas de equilibrio europeo. Uno de estos profundos diplomáticos, que probablemente no tendría con qué comprarse unos tirantes, pues su camisa se desbordaba siempre entre el chaleco y el pantalón, hallábase persuadido de que una indemnización de dos mil millones bastaría para obtener del Papa la cesión de Roma á los italianos, y otro Metternich en miniatura, que mejor hubiera hecho comprándose un cepillo para los dientes, tenía la especialidad de hacer á Inglaterra serias advertencias, amenazándola, si no atendía á sus consejos, con perder en breve plazo su imperio de las Indias y demás posesiones coloniales.

Así, pues, los barbudos, absortos en tan graves cuestiones, no se ocupaban de esa vanidad llamada literatura, y les importaba un comino el libro de Amadeo Violette

Pero entre los melenudos, lo repetimos, la emoción era grande.

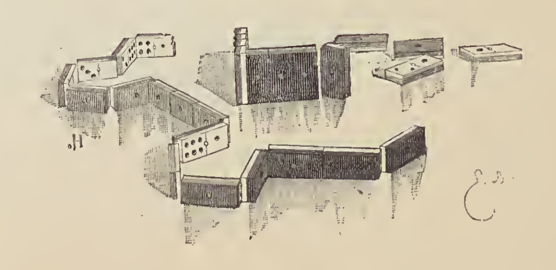
Estaban furiosos los melenudos. Se agitaban y erizaban, porque el primer entusiasmo suscitado por los versos de Amadeo Violette sólo podía ser y sólo había sido fuego de paja. Los Merovingios, pues, se mostraban respecto al joven poeta tales como debían ser, tratándose de un compañero; es decir, severos hasta la crueldad. ¡Cómo! ¿Se había agotado la primera edición de los *Poemas de la Naturaleza*, y Massif estaba tirando otra? ¡Cómo! ¿Los burgueses, lejos de desdeñarle, declarábanse encantados del libro, lo compraban, lo leían y quizá lo daban á encuadernar? ¿Hablaban con elogio de la obra los periódicos populares, es decir, los que tienen más lectores? Añadíase, además, que Violette, excitado por Jocquelet, trabajaba en una comedia en verso, y que el Teatro Francés, predilecto de los burgueses, había hecho al poeta halagadoras promesas. Si tanto gustaba Amadeo á los burgueses era, ¡oh horror!, por ser él también burgués: esto era evidente. ¿De qué ceguedad habían sido víctimas los poetas cabelludos para no haberlo comprendido antes? ¿Por qué aberración pudieron confundir la vulgaridad con la sencillez y la sorpresa con la emoción sincera, cuando Amadeo recitó sus versos en casa de Sillery? ¿Qué tenían que ver con el arte aquellos groseros esbozos? ¡Ah! Pierdan ustedes cuidado, no volverá á pasarles otra vez.

Así es que desde hacía algún tiempo las mesas del café de Sevilla habíanse transformado en lechos de tortura, sobre los cuales estaban tendidos y agarrotados todas las tardes, de cinco á siete, los poemas de Amadeo Violette y sometidos al tormento extraordinario. El amable Pablo Sillery, con sonrisa burlona, trataba algunas veces de pedir perdón para los versos de su amigo, entregados á trituraciones tan feroces; pero los verdugos literarios cuando tratan de destrozar el libro de un compañero son más implacables que los del Santo Oficio. Sobre todo había allí dos inquisidores más encarnizados que los otros: uno, el pequeño sibarita, que pedía para su consumo diario todas las huríes del paraíso musulmán; y el otro, el grueso elegíaco de provincia, á quien sus penas hacían echar vientre hasta el punto de que su humilde compañero tuvo que mudarle el broche del pantalón.

Excusado es decir que cuando se presentaba Amadeo los melenudos mudaban de conversación, y poníanse á comentar cualquiera insignificante noticia de periódico; por ejemplo: la explosión de grisú que acababa de ocurrir en una mina del departamento del Norte, pulverizando á ochenta trabajadores; ó bien el naufragio de un transatlántico enteramente perdido con ciento cincuenta pasajeros y cuarenta hombres de tripulación; acontecimientos poco importantes, comparados con el reciente descubrimiento hecho por los poetas inquisidores de dos frases poco correctas y de cinco versos flojos del libro de su compañero.

Amadeo, naturaleza sensible, notaba demasiado, bien á su pesar, la sorda hostilidad de que era objeto en el grupo de los melenudos, y sólo iba raras veces al café de Sevilla para estrechar la mano de Pablo Sillery, que no obstante su aire irónico, siempre se había mostrado leal y fiel camarada.

En el café encontróse una noche á su condiscípulo del liceo, el antiguo premio de honor Arturo Papillón, sentado á una mesa de políticos. El poeta preguntóse con asombro cómo el bello abogado, de opiniones moderadas, encontrábase en medio de aquellos fogosos revolucionarios, y qué interés común podía reunir á aquel par de patillas rubias con aquellos zarzales de pelos incul-



tos. Pero no bien Papillón vió á Amadeo, se despidió del grupo en donde estaba, vino á expresar sus calurosas felicitaciones al autor de los *Poemas de la Naturaleza*, le sacó al boulevard y le dió la clave del misterio.

Todos los antiguos partidos se coligaban contra el Imperio para las próximas elecciones. Orleanistas y republicanos estaban en aquel momento á partir

un piñón; y él, Papillón, que acababa de sostener brillantemente su tesis de doctor en leyes, habíase uncido al carro de un antiguo personaje del gobierno de Julio, el cual, después de haber permanecido en sus tiendas desde 1852, consintió en presentarse candidato de oposición liberal por el Sena y Oise. Papillón se removía como un gusano cortado; á fin de hacer triunfar la candidatura de



su jefe, había venido al café de Sevilla para asegurarse de la neutralidad benévola de los periódicos irreconciliables, y estaba lleno de esperanza.

– ¡Ah, querido, – dijo, – qué difícil es luchar contra el candidato oficial!... Pero mi jefe es un hombre sorprendente. Viaja todo el día en tercera clase por los caminos de hierro del departamento, exponiendo su programa ante los campesinos que van en el tren y mudando de coche en cada estación. ¡Qué rasgo de genio! La reunión pública ambulante... Se le ocurrió esta idea recordando á un harpista que hacía cuatro veces al día la travesía del Havre á Honfleur, tocando sin descanso el *Baccio*. ¡Oh! Es preciso moverse. El prefecto no perdona medios de combatirnos. ¡Pues no ha esparcido en nuestra circunscripción, que es de las más católicas, la calumnia de que éramos volterianos, enemigos de la religión y devoradores de curas! Afortunadamente aun faltan cuatro domingos hasta el día del escrutinio, y el jefe irá á misa mayor á comulgar en las cuatro parroquias más importantes.. Si semejante hombre no es elegido, habrá que desesperar del sufragio universal.

Amadeo en aquella época no estaba tan desencantado de la política como algún tiempo después; y por tanto, preguntábase, no sin inquietud, si aquel modelo de candidatos, que iba tal vez á sufrir una indigestión sacrílega y que desvalijaba sus profesiones de fe como un buhonero desenvuelve sus cuchillos de doble hoja, no era más que un estupendo saltimbanquis. Pero Arturo Papillón no le dejó tiempo de entregarse á sus pesimistas reflexiones.

– ¿Y tú, chiquito, á qué altura te encuentras?, – preguntó el abogado con cierto dejo protector. – ¿Sabes que has tenido mucho éxito? La otra noche, en casa de la condesa Fontaine... ¿La has oído nombrar?... La hija del mariscal Lelievre, viuda del antiguo ministro de Luis Felipe, Jocquelet nos recitó tu «Trinchera de Sebastopol,» y produjo un efecto enorme. ¡Qué voz tiene ese Jocquelet: no hay otra semejante en los tribunales de París!... ¡Dichoso poeta! He visto tu libro en el gabinete de más de una hermosa dama... Espero que abandonarás el café de Sevilla, para no estancarte como todos esos mal peinados. Es preciso presentarse en el mundo, esto es indispensable á un literato, y yo te llevaré cuando quieras.

En aquel momento Amadeo está algo desencantado de la Bohemia, en donde ha hallado tan pocas simpatías, y que además repugna á su delicadeza por otros motivos; y le preocupa poco el honor de ser tuteado el mejor día por el tío Lebufle.

¡Pero presentarse en el mundo! ¡Su educación ha sido tan modesta! ¿Podrá hacer buen papel?, pregunta tímidamente á Papillón. El poeta es orgulloso, y no consentirá en hacerlo malo en parte alguna: teme el ridículo. Además, hasta entonces su éxito es sólo platónico: está tan pobre como siempre, y vive todavía en el arrabal de Santiago. Dentro de algunos días, Massif le entregará quinientos francos por la segunda edición de su libro; pero esto, sólo significa un puñado de napoleones.

– Es bastante, – replica el abogado, que trata de apoderarse de su amigo. – Es más de lo que se necesita para proveerte de ropa blanca aceptable y de un frac bien hecho, que es lo esencial. Has de saber que los buenos modales consisten principalmente en callarse. Dada tu organización fina y flexible, pronto te transformarás en un perfecto *gentlemán*. Además, no eres feo, tienes una palidez interesante, estoy seguro de que agradarás. Estamos á principios de Julio y París se halla casi desierto; pero la condesa Fontaine no se va hasta después de vacaciones, por causa de su nieto, del que es tutora, y que concluye sus estudios en el liceo Bonaparte. Hasta fin de mes la condesa recibe todas las noches, y en su salón se reune toda la gente elegante rezagada en París. La condesa es una señora anciana muy amable y de mucha valía, y le gustan los escritores cuando son bien educados. Así, pues, no hagas el tonto y mándate hacer un frac negro. Presentándote allí, querido, puedo asegurarte que dentro de unos quince años tendrás un puesto en la Academia... ¿Estamos conformes? Haz tus preparativos para la semana próxima.

¡Atención! Amadeo Violette va á presentarse en el mundo.

Aunque su portera le ha ayudado á vestirse, y al verle ponerse su corbata blanca le ha dicho: «¡Qué guapo novio haría usted, señor Amadeo!», el poeta siente que le palpita fuertemente el corazón, cuando el carruaje en que va sentado al lado de Arturo Papillón hace rechinar la arena del patio, y se detiene al pie de la meseta de un antiguo palacio de la calle de Bellechasse, habitado por la señora condesa Fontaine.

Desde el vestíbulo, procura imitar el aspecto lleno de seguridad del abogado, y desespera de poder conseguir como éste que la pechera de su camisa se destaque correcta bajo su chaleco de etiqueta, ante la primera inspección de cuatro lacayos con medias de seda. Amadeo se encuentra tan preocupado como si se presentara enteramente desnudo á un consejo de policía; pero sin duda le consideran «apto para el servicio,» puesto que se abre una puerta que da á un luminoso salón en donde penetra siguiendo á Arturo Papillón, como una frágil chalupa remolcada por un imponente navío de tres puentes. He aquí, pues, al tímido poeta pisando alfombras y envuelto en los rayos de luz de una araña, presentado en toda forma á la dueña de la casa.

Es ésta una señora de dimensiones elefantescas, en la flor de los sesenta años, notable por la camelia blanca que se destaca en su peluca de color de palisandro, y cuyo rostro, brazos y cuello están salpicados de harina suficiente para confeccionar una fuente de buñuelos de manzana, acompañado todo esto de un aspecto muy distinguido y de ojos soberbios, cuya imperiosa mirada está atenuada por una sonrisa llena de bondad, que tranquiliza algo al pusilánime y atolondrado Amadeo.

Dice que le han gustado mucho los hermosos versos de M. Violette, declamados por Jocquelet en la última de sus recepciones, y que acaba de leer con vivo placer los *Poemas de la Naturaleza*. Después, dejando caer sus lentes saluda á Papillón, dándole gracias por haberle presentado á M. Violette, á quien tiene mucho gusto en conocer.

Amadeo está muy turbado y no acierta á responder á este cumplimiento banal, pero expresado muy bondadosamente. Felizmente le saca del compromiso la llegada de una señora de edad, muy huesuda y muy compuesta, á cuyo encuentro sale la condesa con vivacidad sorprendente, si se considera lo voluminoso de su persona, y exclamando con satisfacción: «¡Señora Mariscala!»

Amadeo, siguiendo siempre la estela de su amigo, que boga hacia un ángulo del salón y echa allí el ancla entre una flotilla de fracs negros, empieza á adquirir aplomo, y examina aquellos sitios tan nuevos para él y en donde ha sido admitido merced á su reputación naciente.

Es un salón inmenso, de estilo del primer Imperio, tapizado y amueblado de raso amarillo, con altos tableros blancos adornados de panoplias de armas antiguas esculpidas en madera dorada. Un chusco de la Escuela de Bellas Artes hubiera bautizado de «pomposos» los sillones y los canapés adornados con cabezas de esfinges de bronce, como también el macizo reloj de mármol verde, sobre el que se destaca un dorado grupo, compuesto de un personaje de patillas cortas, sin más vestiduras ni galas que un casco, una espada y una hoja de parra y que está en ademán de requerir de amores á una joven de flotante túnica, con el talle debajo del sobaco y peinada exactamente como la emperatriz Josefina. Pero el chusco, á pesar de sus irónicas reticencias, hubiera reconocido que este pesado lujo no carecía de carácter ni grandeza. Sólo dos cuadros animaban un tanto la frialdad de las paredes. El uno, firmado por Gros, era el retrato ecuestre del padre de la condesa Fontaine, del glorioso mariscal Lelievre, duque de Eylau, antiguo tambor del puente de Lodi y uno de los más intrépidos capitanes de Napoleón. Está representado de gran uniforme, con un enorme sombrero con plumas blancas, blandiendo su bastón de terciopelo azul, sembrado de abejas de oro, y por debajo de su caballo encabritado percíbese á lo lejos y confusamente una gran batalla, nieve y bocas de cañón haciendo fuego. El otro cuadro, colocado sobre un caballete é iluminado por una lámpara de reverbero, es una obra maestra de Ingres, y representa un suave medallón de una joven, que es la dueña de la casa cuando tenía diez años de edad, comparada con la cual la actual condesa Fontaine resulta ser una caricatura vieja y monstruosa.

Arturo Papillón, hablando en voz baja con Amadeo, le explica que el salón de la señora de Fontaine es un terreno neutral, abierto á personas de todos los partidos. Hija de un mariscal del primer Imperio, la condesa conserva altas relaciones en el mundo de las Tullerías, aun cuando sea viuda del Conde Fontaine, uno de los doctrinarios salidos de entre la bata de Royer-Collard, parlamentario ennoblecido por Luis Felipe, colega en dos ocasiones de Guizot, en el banco ministerial, y muerto de despecho y ambición después del 48 y del golpe de estado.

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

El Excmo. Sr. D. Francisco de P. Ríus y Taulet. – Nació el 29 de enero de 1833 en Barcelona, y en esta Universidad hizo sus estudios de Filosofía y Jurisprudencia, habiendo obtenido en todas las asignaturas la nota de sobresaliente y conquistado desde los comienzos de su carrera envidiable fama y señaladísimos triunfos en el foro.

No menos brillante fué el papel que desempeñó en la política: liberal de corazón, luchó con fe y ardimiento por el triunfo de sus ideales, combatiendo, así los retrocesos de la reacción, como las exageraciones del radicalismo, y llegó á ser el amigo íntimo y cariñoso del jefe del partido liberal monárquico Sr. Sagasta, y jefe á su vez de los liberales monárquicos catalanes.

Pero no es en el foro ni en la política donde debe estudiarse la verdadera personalidad del Sr Ríus y Taulet, sino dentro del Ayuntamiento de Barcelona. Elegido concejal á raíz de la revolución de 1868, muy pronto se distinguió por su iniciativa, talento, honradez, actividad y energía, cualidades que fueron adquiriendo cada día mayor relieve y que acabaron por hacer de él un elemento indispensable para la prosperidad de la capital de Cataluña. Su paso por la Alcaldía se señaló siempre por importantes reformas en la ciudad.

El Sr Ríus y Taulet tenía por divisa el *for ever* que tantos milagros ha realizado en todos los tiempos, y fiel á ella, ni le arredraron los obstáculos, ni los sacrificios le dolieron, ni los ataques le desanimaron cuando de la mejora y del progreso de Barcelona se trataba.

Su nombre va unido á las más importantes obras que en poco tiempo han transformado por completo nuestra capital: los hermosos jardines del Parque por él ampliados y embellecidos; los mercados de San Antonio, de la Barceloneta, de Hostafranchs y de la Concepción; la apertura de la ex-puerta del Angel, hoy una de nuestras vías más hermosas; la prolongación de la calle de Cortes, avenida digna de una gran capital yankee; la urbanización de la Rambla de Cataluña, que hizo de un sitio intransitable uno de los paseos más bellos del Ensanche; el nuevo Cementerio, digno de figurar al lado de los mejores de Italia, que son sin disputa los mejores del mundo; el paseo de Colón, los proyectos de un sistema general de alcantarillado y de la reforma interior de Barcelona y otras muchas mejoras materiales, al señor Ríus y Taulet se las debemos los barceloneses.

Y si atendemos al fomento de los intereses morales, que al fin y al cabo también en beneficio de los materiales redundan, ¿cómo olvidar la terminación del Museo Martorell, la creación de una Galería de Catalanes ilustres en el Salón de Ciento de las Casas Consistoriales, la erección de los monumentos de Colón y de Prim, el embellecimiento del Salón de San Juan con las estatuas de los más preclaros hijos de Cataluña, la creación de bibliotecas populares, las subvenciones á las Academias de Buenas Letras y de Ciencias Naturales y Artes y tantas y tantas otras fundaciones por él concebidas y á feliz cima llevadas?

Glorioso y digno remate de esta obra gigantesca de su prodigiosa actividad fué la Exposición universal celebrada en Barcelona en 1888. No hemos de hacer la historia de este grandioso acontecimiento: la honra de nuestra ciudad estaba empeñada en esta empresa que muchos calificaban de absurda, de inútil y ruinosa no pocos y de imposible algunos. El Sr. Ríus y Taulet, sin embargo, no vaciló en acometerla, y dominado por el más puro entusiasmo y por dejar en el puesto que le correspondía el buen nombre de Barcelona, llevó la fe al ánimo de los incrédulos y el ardimiento al corazón de los indiferentes, y atento á todo, acudiendo á todas partes, multiplicándose lo que no es decible y olvidando el descanso no ya conveniente sino necesario para una vida tan trabajada como la suya, logró al fin ver realizado el hecho que indudablemente constituye el timbre más hermoso de su existencia ¡Cuántos sufrimientos hubo de soportar, cuántos desengaños hubieron de herir su alma generosa en aquellos días de titánica lucha! Pero ¡cuán dulce emoción debió sentir cuando delante de SS. MM., de los representantes de las potencias extranjeras, de individuos del Gobierno y de un público en donde estaba condensada la opinión pública, atronadoras aclamaciones y aplausos entusiastas, que se confundían con los armoniosos acordes de cien intrumentos, respondieron á la frase solemne con que, embargada la voz por la emoción, declaró el Presidente del Consejo de Ministros, en nombre del Rey, inaugurada la Exposición Universal de Barcelona!

La apoteosis de la fiesta del trabajo fué también la apoteosis del Sr. Ríus y Taulet.

Antes de terminar, séanos permitido dedicar dos palabras al precioso trabajo de nuestro querido colaborador Sr. Marqués. El retrato que publicamos y que ha sido dibujado por el notable artista en pocas horas, lleva impreso el sello de los sentimientos que guiaban su lápiz al trazarlo: el cariño y la gratitud. Cuando felicitábamos á Marqués por su obra, nos contestaba modestamente: «La he sentido, he aquí todo su mérito. ¡Profesaba tanto afecto al Sr. Ríus y le debía tantos favores!»

Esta frase y esta exclamación son el mejor elogio del retrato, del retratado y del artista.

¡Felices los hombres que en pos de sí dejan tan gratos recuerdos! ¡Felices también los que junto á una tumba depositan la sublime ofrenda de la gratitud!

Salón Parés. – El duelo interrumpido, cuadro de D. José Garnelo, premiado con medalla de segunda clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes. – Es el cuadro de este joven, pensionado en Roma, eminentemente dramático; en un baile aristocrático, uno de los concurrentes hubo de pronunciar algunas frases ofensivas para una dama, cuyo marido al escucharlas contestó al grosero insulto con la violencia que lo injusto y procaz del ataque á su honra exigía. Muy graves debieron ser la ofensa y la agresión para que, prescindiendo de todas las reglas que la práctica tiene para tales casos establecidas, se concertara el lance inmediatamente, y sin esperar un instante marcharan los dos adversarios acompañados de cuatro testigos, á ventilar la cuestión en el campo del honor; mas apenas se aperciben á cruzar los aceros, la llegada de la esposa injuriada, viene á interrumpir el combate. Aunque el Sr. Garnelo para conseguir el efecto apetecido hubo de incurrir en cierto convencionalismo, resultado del modo de plantear el asunto, no puede menos de reconocerse que el cuadro en conjunto interesa y en muchos de sus detalles cautiva: el paisaje, iluminado por los primeros albores de la mañana está bien entendido y tiene las cualidades que en primer término se requieren en ese género de pintura: luz, aire y perspectiva; los grupos que forman los distintos personajes están bien combinados, y las figuras, de correctísima factura, expresan bien los varios sentimientos que á cada una animan.

La obra del Sr. Garnelo denota en su autor alientos sobrados para tratar asuntos de alto vuelo y conocimiento no escaso de la mecánica del arte, cualidades que no basta á empañar el defecto antes señalado que, como hijo más de la inexperiencia que de otra cosa, irá desapareciendo á medida que el artista avance en la carrera que indudablemente le brinda un brillante porvenir.

Monumento erigido en Verjux en honor de Mme. Boucicaut. – La aldea de Verjux, patria de la fun-

dadora de los grandes almacenes del *Bon Marché*, en París, y que tanto debe á esta ilustre hija suya, ha inaugurado recientemente el monumento dedicado á su memoria y que reproducimos. Consiste en una elevada pirámide, en cuya cúspide se alza el genio de la Caridad, y en cuya base se ve el busto de Mme. Boucicaut sostenido por la Historia y coronado por la Gratitud. A lo largo de la pirámide y en planchas de mármol negro están inscritas las principales disposiciones testamentarias de aquella señora, cuyo nombre bendicen no pocos desgraciados, entre quienes, tanto durante su vida como después de su muerte, hizo distribuir una gran parte de la inmensa fortuna que con su inteligencia, honradez y laboriosidad había sabido crearse.

Este monumento, obra del arquitecto M. Boileau y del escultor M. Perrey, honra tanto á la persona en cuyo honor se ha levantado, como al pueblo que lo ha erigido, rindiendo un merecido tributo de veneración á la que halló su mayor satisfacción en compartir los goces de la fortuna con sus semejantes desgraciados.

***

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

ASPIRACIONES NACIONALES DE ESPAÑA. – *Primera parte. Gibraltar*, por D. Manuel Olivié. – En estos tiempos en que, cuando de ciertas cuestiones de derecho internacional se trata, el entusiasmo, algunas veces irreflexivo, se sobrepone á la razón; en que la nota patriótica es, en no pocos casos, socorrido recurso con que se suple la falta de conocimientos sólidos y profundos, y en que, por último, cualquiera se cree autorizado á resolver los más arduos problemas con procedimientos que asombrarían por lo sencillos y al parecer fáciles, si no movieran á lástima por lo cándidos y peligrosos, merecen, á nuestro juicio, bien de la patria los que huyendo de toda exageración y anteponiendo á lo que el sentimiento exige lo que el imparcial y severo juicio impone, estudian concienzudamente las cuestiones que por su excepcional importancia maduro estudio requieren, y presentan soluciones lógicas dentro del espíritu moderno y factibles dentro de los principios que en porvenir no lejano están llamados á regir las relaciones nacidas del derecho de gentes.

Sugiérenos estas consideraciones la lectura de la primera parte de la obra que con el título de *Aspiraciones nacionales de España* se propone ir dando á luz D. Manuel Olivié, de Vigo, y que ha de abarcar las cinco partes siguientes: Gibraltar, Marruecos, Unión Ibérica, Alianza latina y Unión Ibero-americana.



Monumento erigido en Verjux en honor de Mme. Boucicaut, fundadora del *Bon Marché*
Obra del arquitecto M. Boileau y del escultor M. Perrey

La primera parte, única hasta ahora publicada, trata de la cuestión de Gibraltar, que el autor estudia con gran riqueza de datos y elevadísimo criterio, analizándola desde los puntos de vista histórico, político y estratégico, y dando en su luminosa crítica á la tendencia patriótica, á la conveniencia y á la justicia lo que de derecho á cada una corresponde. Desapasionado, razonador y apartado, tanto del fanatismo que nada reflexiona como del escepticismo que nada cree, así del optimismo que nada teme como del pesimismo que nada espera, el Sr. Olivié ha sabido colocarse en un justo medio y escribir un libro que merece ser leído dentro y fuera de España; el asunto es interesante, tanto más, cuanto que el autor estudia, con ocasión de él, aunque de pasada y someramente, los principales problemas que están actualmente sobre el tapete de la diplomacia moderna, y la solución por él dada al conflicto entre Inglaterra y España, conflicto que no desaparecerá mientras ondee en el Peñón del estrecho el pabellón británico, cabe perfectamente en los límites de lo posible y, quizás algún día, de lo probable. Nada hay que esperar, según el Sr. Olivié, de la conquista; todo hay que fiarlo en la razón, y aun en la común conveniencia, que más ó menos tarde impondrán una transacción honrosa para ingleses y españoles, que pondrá término al actual estado anómalo.

El libro, editado en Vigo, se vende al precio de dos pesetas en las principales librerías.

***

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

***

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, Barcelona

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN